

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

LII

CICLO DE CONFERENCIAS

2020

**AÑO GALDOSIANO,
MADRILEÑO Y NOVELESCO**



INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
C. S. I. C.

Créditos:
INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Centro de Ciencias Humanas y Sociales

La responsabilidad del texto y de las ilustraciones insertadas
Corresponde al autor de la conferencia

Imagen de cubierta.
Benito Pérez Galdós, circa 1863

©2020 Instituto de Estudios Madrileños
©2020 Los autores de las conferencias

ISBN: 978-84-940491-6-3
Depósito Legal – 25244-2020
Diseño Gráfico: Francisco Martínez Canales
Impresión: Service Point
Impreso en España

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
<i>Introducción</i>	
M ^a Teresa FERNÁNDEZ TALAYA.....	9
<i>Galdós Periodista</i>	
Pedro MONTOLIÚ CAMPS.....	13
<i>Galdós en su periodismo de viajes</i>	
Leonardo ROMERO TOVAR.....	41
<i>Lo municipal en la obra de Galdós</i>	
Carmen CAYETANO MARTÍN.....	59
<i>Galdós: fuentes de su proceso de madrileñización</i>	
Eduardo HUERTAS VÁZQUEZ.....	77
<i>Un microcosmos: el Madrid galdosiano de Fortunata y Jacinta</i>	
Pedro CARRERO ERAS.....	115
<i>Benito Pérez Galdós político</i>	
M ^a Teresa FERNÁNDEZ TALAYA	139
<i>D. Benito Pérez Galdós, vecino y cronista de Madrid</i>	
Luis Miguel APARISI LAPORTA.....	171
<i>Galdós, lector entusiasta de Cervantes: notas sobre su biblioteca y sus primeras referencias cervantinas en La Nación</i>	
José Manuel LUCÍA MEJÍAS.....	199

GALDÓS: FUENTES DE SU PROCESO DE MADRILEÑIZACIÓN

GALDÓS: THE SOURCES OF ITS MADRILEÑIZACION PROCESS

Por Eduardo L. HUERTAS VÁZQUEZ

Doctor en Filosofía

Miembro Numerario del Instituto de Estudios Madrileños

Conferencia pronunciada el 11 de febrero de 2020
En la Sala de conferencias de la Casa de la Villa de Madrid

RESUMEN:

Benito Pérez Galdós fue enviado por su familia a Madrid para que estudiara Derecho pero él se dedicó a estudiar la ciudad. Para ello decidió madrileñizarse intelectualmente, para lo cual se propuso conocer la historia y la vida de la Villa y Corte. Para lo primero se valió de las obras escritas de Mesonero Romanos y de las informaciones de éste en las contestaciones a sus numerosas cartas. Para lo segundo, la vida de la ciudad, se valió de los conocimientos inducidos de sus habituales paseos por las calles, el “callejeo”, con el propósito de adquirir materiales para incorporarlos, junto a los proporcionados por Mesoneros Romanos, a su obra de creación histórico-literaria que fue a lo que dedicó toda su vida.

ABSTRACT:

Benito Perez Galdós was sent by his family to Madrid to study law but he dedicated himself to studying the city. To do this, he decided to become intellectually Madrid, for which he proposed to know the history and life of the Villa and Court. For the first, he used the written works of Mesonero Romanos and his information in the answers to his many letters. For the second, the life of the city, he used the knowledge induced from his usual walks through the streets, the “callejeo”, with the purpose of acquiring materials to incorporate them, together with those provided by Roman Mesoneros, to his work of historical-literary creation that was what he dedicated his whole life to.

PALABRAS CLAVE: Mesonero Romanos, Ramón de la Cruz, Ateneo, Paseo, Calle, Flanear, Unamuno, Calle del Sacramento.

KEY WORDS: Mesonero Romanos, Ramón de la Cruz, Athenaeum, Wolk, Street, Flanear, Unamuno, Sacramento Street.

INTRODUCCIÓN AL MADRILEÑISMO GALDOSIANO

Benito Pérez Galdós (1843-1920) no era madrileño de origen. Era originario de las Islas Canarias y se vino a Madrid, en principio, para estudiar Derecho en la Universidad Central, a donde llegó en 1862. Decidido a quedarse a vivir en Madrid se embarcó en el empeño de estudiar directamente la historia y la vida madrileñas y aprehenderlas conceptualmente para poder utilizarlas, moldeadas en su universo conceptual e imaginario, en sus obras de teoría y de creación histórico-literaria. Y esta es la causa por la que su madrileñismo fuera un madrileñismo de aprendizaje y él mismo fuera, en consecuencia, un aprendiz de Madrid que, de tal manera se adaptó, se identificó y se comprometió intelectual y emocionalmente con la Villa y Corte que terminó madrileñizándose.

La venida de Galdós a Madrid podría encuadrarse en el ámbito del fenómeno de una inmigración provinciana, que fue llegando a la Capital, a lo largo del siglo XIX, con la pretensión de progresar en sus estudios o de triunfar profesionalmente. Esta inmigración tenía generalmente cierta calidad y de tal manera se iba, progresivamente, identificando con el cortesano carácter madrileño y acomodándose con gusto a Madrid que terminaba, en muchos casos, madrileñizándose. Y ese fue el caso de Galdós, por lo que su madrileñismo fue fruto de un proceso de madrileñización, en el que alcanzó tal grado de aclimatación a la Ciudad, adquirió tales niveles de conocimiento de su vida y de su historia y llegó a profesar tan entrañable amor al pueblo de Madrid, como puede constatarse en sus obras, que Madrid quedó consagrada en la historia como el “Madrid de Galdós”. En una carta, con cierto sesgo político, de 7 de abril de 1907, a su amigo y compañero en la candidatura republicana, el diputado a Cortes, Alfredo Vicenti, confiesa Galdós que de ese entrañable amor dan testimonio más de

treinta años de trato espiritual con este noble vecindario. No necesito decir cuánto me enorgullece ostentar un lazo de parentesco ideal con el estado llano matritense, en quien, desde principios del pasado siglo, se vincularon el sentimiento liberal y la función directiva; lazos de parentesco también con las muchedumbres desvalidas y trabajadoras. La acción de estas se ha manifestado en la Historia (...) se manifiesta siempre en la vida común del pueblo, como atestiguan su tenaz lucha por la existencia y su constancia en el sufrimiento¹.

¹ ANTÓN DE OLMET, LUIS y GARCÍA CARRAFFA, ARTURO: Galdós, Imprenta de “Alrededor del mundo”, Madrid, 1912, p. 114.

MESONERO ROMANOS, “MAESTRO Y AMIGO” DE GALDÓS

Para que tal proceso de madrileñización cuajara, Galdós se valió de diversas fuentes de conocimiento de la historia y de la vida de la Villa y Corte. En principio, de valió del magisterio y de la amistad de Ramón de Mesonero Romanos, su “respetabilísimo maestro y amigo”, de sus consejos, de las informaciones de sus experiencias y del estudio de sus obras. Estos extremos quedaron solemnemente proclamados en un selecto manojito de Cartas, escritas entre mayo de 1875 y septiembre- octubre de 1881. Estas Cartas de “Pérez Galdós a Mesonero Romanos” fueron publicadas, en número de 20, por Eulogio Varela Hervías en el año 1943 y las Cartas de “Mesonero Romanos a Galdós” fueron presentadas por Soledad Ortega, en número de 14, en el año 1964².

A la vista de lo expresado por Galdós en sus Cartas a Mesonero Romanos, su amistad, su admitido magisterio y la aportación de sus obras, no es de extrañar que un hispanista, altamente especializado en la literatura urbana de Madrid en el siglo XIX, profesor de la Universidad norteamericana de Gainesville, de Florida, Edward Baker, no dudara en lanzar esta inequívoca apuesta:

Tan difícil es que el Madrid que Galdós noveló, dotándolo por primera vez de una auténtica poética de la existencia urbana, aquel Madrid sencillamente no hubiera existido de no ser el gran acarreador de materiales, que lo hizo novelable, Ramón de Mesonero Romanos ... (Pues Mesonero fue) en España inventor de un género inconfundiblemente moderno (consagrado en su Manual de Madrid, de 1831), que era “ un breviario de historia, una guía (urbana) y un repertorio monumental” (a juicio del historiador español, Carlos Seco Serrano que suscribe plenamente Edward Baker³

Pues, el profesor Baker descubre en ese “Manual de Madrid” el valor epistemológico consistente en que esta obra

era, además y sobre todo, producto de una investigación larga y paciente en que pretendía abordar la ciudad entera como objeto de conocimiento. (...).

Escribir Madrid en la década de 1830, abordarlo como totalidad, está fuera del alcance no ya de un escritor sino de toda una época.⁴

² VARELA HERVIÁS, E.: Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos, Artes Gráficas Municipales, Sección de Cultura e Información, Ayuntamiento de Madrid, 1943 y Ortega, Soledad: Cartas a Galdós, presentadas por..., Revista de Occidente, Madrid 1964, p. 23- 36)

³ BAKER, Edward: Introducción a Mesonero Romanos, Ramón de_: Rápida ojeada sobre el estado de la capital y los medios para mejorarla, Cidur, Revista Alfoz/Comunidad de Madrid, 1989, p.I y II; y del mismo autor: Materiales para escribir Madrid, Literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós, Siglo XXI de España, Madrid, 1991, p. 55-56)

⁴ Rápida ojeada..., p. III-IV y VI.

Y, en refiriéndose a los “Manuales de Madrid” de Mesonero Romanos, el de 1831, el reeditado de 1833 y el nuevo “Manual histórico-topográfico, administrativo y artístico de Madrid”, de 1844, Baker fija su trascendente efectividad informativa en un momento en que Madrid se constituye en el espacio nuclear político-cultural de la nación⁵.

Como he apuntado, Edward Baker se remite al juicio del historiador español Carlos Seco Serrano, quien, en una posible comparación literaria entre Mesonero Romanos y Galdós, no duda en afirmar que el “aventajado” discípulo, Galdós, superaba al “maestro” Mesonero, que, sin embargo no deja de ser el antecedente literario de Galdós. Pues Mesonero Romanos se convirtió en una “cantera de noticias e informaciones”, que hicieron posibles los Episodios Nacionales y que las “Memorias de un setentón” fueran como una introducción a toda obra de Galdós, que “El Antiguo Madrid” fuera la cátedra donde Galdós cursó la asignatura del madrileñismo y que “Las Escenas Matritenses” sirvieran de “fermento para la novela de costumbres y la novela realista⁶”.

En términos análogos, aunque con algunos matices diferenciadores, se pronuncia Tierno Galván, que no tiene duda en admitir que Galdós era “gran amigo y, en cierto modo, discípulo de Mesonero”, de quien mucho aprendió y, en concreto, “en cuanto a la lejanía apreciativa que la ironía exige”. Pues Tierno Galván entiende que Mesonero Romanos

se mantenía en la ironía suave con lo que evita caer en el pintoresquismo que es quizá el elemento más empequeñecedor de los que tienden a empequeñecer las obras de los costumbristas. La perspectiva irónica, a veces humorística, eleva la descripción a niveles intelectuales que salen de la observación sensible para universalizarse en el ámbito de la reflexión, exigiendo del lector una actividad intelectual superior al puro seguimiento de acontecimientos y cosas.

Con esta perspectiva, Tierno Galván trata de salvar al escritor costumbrista, Mesonero Romanos, de las limitaciones del pintoresquismo, del costumbrismo, típico y tópico, en virtud del uso, por su parte, de la ironía, mecanismo de distanciamiento de la realidad concreta para, aún criticándola, se pueda adquirir una más alta y rica apreciación de la misma realidad. Ya antes, Laureano Bonet, autor de la selección y de la Introducción a los ensayos de crítica literaria de Galdós, se había referido a este caso:

Recordemos, por cierto, que también Mesonero Romanos, el gran maestro y amigo de Galdós, en tantos aspectos, había lanzado mucho antes alguna punzada irónica contra los románticos en una de sus Escenas Matritenses. La ironía se acrecienta cuando el protagonista el relato está narrado en primera persona-

⁵ Materiales para escribir Madrid... p.61.

⁶ SECO SERRANO, Carlos: Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX, Guadiana, Madrid, 1973, pp. 18-19).

Laureano Bonet se apoya en un artículo de Mesonero Romanos, de septiembre de 1837, titulado “El romanticismo y los románticos”⁷.

En definitiva, lo que Tierno Galván pretende hacer con estas consideraciones es universalizar a Mesonero Romanos que, en su opinión, “sin salir del ámbito de lo madrileño ha enlazado la historia y la vida de nuestra ciudad con la ciudad universal y con valores universales”.

Así diferencia Tierno Galván a Mesonero Romanos de otros escritores costumbristas madrileños, empequeñecidos por las limitaciones del localismo y del casticismo. En este sentido Tierno Galván alinea a Galdós entre esos otros escritores, que se ocuparon de Madrid, que

no se ataban voluntariamente al carro de la costumbre, sino que introducían esta como un elemento más de concepciones que rebasaban con mucho los límites de los entramados puramente locales⁸.

Y fue, especialmente, este Mesonero Romanos el gran maestro y amigo de Galdós.

MESONERO ROMANOS, UN “GUÍA INSUPERABLE E INDISCUTIDO”

Para sus incursiones en el pasado inmediato de Madrid, primera larga mitad de siglo XIX, Galdós encontró en Mesonero Romanos “un guía insuperable e indiscutido”. Así le conceptúa el cualificado investigador, José Pérez Vidal, en dos estudios en los que toca estos temas: la venida de Galdós a Madrid a estudiar Derecho, su preferente dedicación plena al conocimiento de la vida madrileña y su consiguiente dedicación definitiva a la creación literaria⁹.

José Pérez Vidal no duda en otorgar a Mesonero Romanos la primacía, casi absoluta, en cuanto fuente imprescindible de conocimiento de la vida y de la historia de Madrid. No obstante, apunta también Pérez Vidal a los otros dos escritores madrileños, Ramón de la Cruz y Mariano José de Larra, que no son considerados por Galdós como “maestros” suyos sino como predecesores en algunos aspectos. Respecto a Ramón de la Cruz, Galdós evocaba su “castizo ingenio” “para que me asistiese –dice- y amparase, prestándome algunos adarques de su peregrina realidad y de su saladísimo desenfado”. Y reconoce en sus sainetes los rasgos más populares del pueblo madrileño del siglo XVIII.

⁷ BONET, Laureano: “Galdós, crítico literario”, Introducción a Pérez Galdós, Benito: Ensayos de crítica literaria, Península, Barcelona, 1972, pp. 34 y 98 nota 39).

⁸ TIERNO GALVÁN, Enrique: Presentación de la obra colectiva MESONERO ROMANOS, Ayuntamiento de Madrid, Delegación de Cultura, 1982, p.7-8.

⁹ PÉREZ GALDÓS, Benito: MADRID, con un ensayo a manera de prólogo de José Pérez Vidal, Afrodísio Aguado, Madrid, 1857, p. 41; y PÉREZ VIDAL, José: Galdós, años de aprendizaje en Madrid 1862-1868, Vicepresidencia del Gobierno, Santa Cruz de Tenerife, 1987.

Todo ello puede constatarse en el ensayo que escribió Galdós, en el año 1870, titulado “Don Ramón de la Cruz y su época” y, le relaciono, en algunos aspectos, con el siglo XIX en la conferencia “Madrid” que dio Galdós en el Ateneo, el año 1915, que expondré más adelante. Y en este aspecto, concreta Pérez Vidal: “Con él, Pérez Galdós recorre y conoce el Madrid brillante, alegre y pintoresco que Goya había recogido en sus vivos y apicarados cartones¹⁰.”

Por su parte, José Bergamín, en una especie de paralelismo trascendente, que establece entre Galdós y Goya, cada uno en su tiempo, abre esta perspectiva:

Goya abre el siglo que, en la casi totalidad de su obra novelesca, cierra Galdós. Lo que Goya pintaba, porque lo veía, como lo veía, contemporáneamente, Galdós lo evocaba, históricamente, en su creación novelesca de la Primera serie de Los Episodios (...) En aquellas escenas trágicas (las de la Guerra de la Independencia)- que pintó Goya, como si dijéramos, del natural- vio Galdós, pintándolas, describiéndolas, en su novelada, teatralizada, como la de Goya, visión histórica, el origen vivo, si sangriento, de nuestra nacionalidad española contemporánea...”¹¹

Y, respecto a Mariano José de Larra, Pérez Vidal enlaza a Galdós con algunos de los recursos de Larra-su crítica y su sátira- que el joven Galdós periodista utilizaría mas suavemente en sus artículos del periódico La Nación, sobre todo, en su segunda época, precisándolos así:

Pero, si en los dos populares Ramones Galdós halla sendos ventanales abiertos hacia el pasado de Madrid, y, además, una buena escuela para sus naturales dotes de observación, no encuentra, sin embargo, un agudo y fino maestro para su incontenible vena de humor. Este difícil y amargo magisterio lo encuentra en el más hiriente y pesimista de los costumbristas españoles, en Mariano José de Larra. (...) En esta época, (la de su colaboración en La Nación) la presencia de Larra es constante en los artículos de Benito¹².

Sin depreciar esta perspectiva, la mayoría de los tratadistas especializados ven muy problemática la incidencia de Larra en Galdós, en cuanto fuente directa y explícita de su madrileñismo y tampoco es tenido Larra, por ellos, como “un guía insuperable e indiscutido”, así como tampoco es considerado por el mismo Galdós como “maestro” suyo como lo hacía con Mesonero Romanos. No obstante Galdós introduce a Larra, como personaje, en algunos de sus Episodios Nacionales y practica la intertextualidad al intercalar textos de Larra en algunas de sus propias obras¹³.

¹⁰ Prólogo a Pérez Galdós, Benito: Madrid..., p. 45.

¹¹ BERGAMÍN, José: Goya y Galdós en “Calderón cierra España”, Planeta, Barcelona. 1979, p. 168.

¹² BERGAMÍN, José: Goya y Galdós... p. 46.

¹³ PALOMO, María del Pilar: Larra, Galdós y el periodismo romántico, Isidora, Revista de Estudios Galdosianos, nº 6, Madrid, 2008, p. 5-23.

Ya, el Galdós joven, en un artículo del año 1866, publicado en La Nación, al mismo tiempo que despliega una cálida loa a Mesonero Romanos por su afec-tuosa dedicación madrileñista, apunta esta especie de paralelismo con Larra:

Digno rival del malogrado Fígaro, fue (Mesonero) tan buen hablista, tan buen escritor, tan buen crítico como este; la diversidad del estilo de cada uno depende de la diversidad de sus temperamentos. Ambos han enriquecido nuestra literatura (...) De estos dos hombres singularísimos, el uno tuvo un fin desastroso y conocido de todos; el otro vive aún y se le ve paseando en su querida ciudad; se le ve por todas partes, atisbando los adelantos mate-riales de la gran villa, que él ama tanto

Y, además, es evidente que ambos cultivadores -cada uno a su manera- del costumbrismo madrileño, Mesonero Romanos y Larra, tenían un concepto y un tratamiento de Madrid muy distintos y, como consecuencia, hay notables dife-rencias, declaradas por ellos mismos y constatables en sus escritos, en la con-formación de sus respectivos madrileñismos y, especialmente, en cuanto a sus posibilidades de ser ambos fuentes explícitas y directas, en igualdad de condi-ciones, del madrileñismo de Galdós. Ellos mismos declararon sus diferencias en el marco de la “mejor armonía y comunicación”. Y es Mesonero Romanos quien marca así las diferencias:

Además, como el objeto de ambos escritores y la manera de desenvolver su pen-samiento sean tan diversos, no cabe término equitativo de comparación. Pues mien-tras que el intento de Fígaro fue principalmente la sátirapolítica contra determinadas épocas y personas, el Curioso Parlante se contuvo siempre dentro de los límites de la pintura jovial y sencilla de la sociedad en su estado normal, procurando, al descri-birla, corregir con blandura sus defectos. Esto va en temperamentos, y el de Larra distaba lo bastante del mío¹⁴.

Esta posición es la misma que sostiene el eminente crítico literario Manuel de la Revilla en el artículo titulado “Don Ramón de Mesonero Romanos”, en el que concluye: “Para decirlo de una vez, Larra fue satírico y El Curioso Parlante observador ameno y festivo”¹⁵.

Así pues, puede establecerse que, desde el punto de vista del madrileñismo de aprendizaje de Galdós, la indiscutible y primera fuente de su conocimiento de Madrid es Mesonero Romanos, un singular historiador de Madrid, un cualifi-cado observador de su realidad cotidiana y un promotor privilegiado de sus mejoras. Pues fue concejal (llamado el “corregidorcillo”) del Ayuntamiento de Madrid y destacado gestor en importantes instituciones madrileñas del siglo

¹⁴ Memorias de un setentón, Castalia/Comunidad de Madrid 1994, p. 432.

¹⁵ Obras de Manuel de la REVILLA, Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, 1883, p. 38.

XIX como el propio Ayuntamiento, la Caja de Ahorros, el Ateneo y la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. Y, además de sus libros de historia de Madrid, Mesonero Romanos proporcionó a Galdós valiosas informaciones sobre sucesos cotidianos de la Villa y Corte y sobre grandes acontecimientos nacionales que tuvieron en ella su escenario y que él vivió, de joven, como testigo de esos “episodios” sobre los que Galdós después escribió. Pues no hay que olvidar que Mesonero Romanos era 40 años mayor que Pérez Galdós.

Por tanto, Mesonero Romanos pudo presenciar, de niño, la Guerra de la Independencia, el retorno del rey Fernando VII y su muerte en 1833, sufrió el Año del Hambre, vivió el Trienio Liberal, las Guerras Carlistas y las Revoluciones de 1848 y 1868 y fue testigo de la elección, como rey de España, de Amadeo de Saboya, de la proclamación de la Primera República, del asesinato de Prim y de la Restauración borbónica. Sobre estos acontecimientos, entre otros muchos, Galdós pedía a Mesonero Romanos constantemente informaciones en sus Cartas. Por lo tanto, lo más plausible es centrarnos definitivamente en Mesonero Romanos, su declarado “respetabilísimo maestro y amigo”, y autor de las más destacadas obras madrileñas y madrileñistas sobre la historia y la vida de la Ciudad-Capital del Reino.

Desde sus años de juventud madrileña ya proclamaba Galdós el alto concepto que tenía de Mesonero Romanos por su conocimiento de la historia de la Villa, expuesto en sus obras, y por su conocimiento de la vida madrileña debido a su curiosidad habitual “callejeo” por las calles de la Villa. Galdós expone esta visión en un artículo, del año 1866, inserto en la obra “Crónica de Madrid”, titulado “Galería de españoles célebres, Don Ramón Mesonero Romanos, Don Antonio Ferrer del Río y Don Alfredo Adolfo Camús”¹⁶.

En este artículo ya habla bien claro Galdós de Mesonero Romanos como el “ilustre académico”, pintor único de cuadros de costumbres y distinguido escritor, y se recrea describiendo su placentero “callejeo” curioseando por el entorno urbano madrileño con estas admiradas expresiones:

... cuanto nos complace el encontrarle en la calle, dirigiendo su curiosísima mirada hacia todo lo que ofrecen de notable los rincones de la villa! (...) Él se pasea tranquilamente y se detiene (...) y parece tener especial complacencia en analizar los bártulos..., los tipos..., las escenas... La sonrisa de la ironía no asoma a sus labios; examina más bien como quien busca bellezas que admirar que defectos que escarnecer; fija su mirada investigadora con toda la satisfacción del hombre de ingenio que busca en tales escenas y en tales cuadros asunto apacible para alimentar su buen humor; aquella mirada es la que ilumina cuadros tan bellos como la comedia casera, la visita de día y otros.

¹⁶PÉREZ GALDÓS, Benito: Crónica de Madrid, (1865-1866), pp. 171-178

Por lo que confiesa en este artículo, Galdós, con 23 años, ya conocía las obras de Mesonero Romanos, las “encantadoras” Escenas Matritenses y el “bello libro El Antiguo Madrid”, el de sus “paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa” y, remarca que, a cambio del conocimiento amoroso, demostrado por Mesonero Romanos por la Villa, esta –prosigue Galdós –

le ha descubierto todos los recónditos secretos de su origen, le ha contado cuantas transformaciones ha sufrido desde que se llamó Magerit; le ha dado noticia de todos sus edificios...(y a cambio) Aquel distinguido madrileño no solo ha hecho un estudio profundo de la geología, digámoslo así, de su querida villa; no solo ha desentrañado el oscuro plano de antigua configuración, ha demarcado hábilmente los progresos del caserío, de las calles, de las plazas, sino también ha pintado sus costumbres con extraordinaria exactitud. (...) Y ha sido testigo de los lentos progresos que ha hecho en la villa del oso... ¿Cómo no ha de sorprendernos agradablemente ver a Mesonero en las calles y paseos de Madrid? Un cuadro inmenso nos presenta de la villa y el autor se nos aparece en ese mismo cuadro (...) Pues nosotros al tropezar con el Curioso Parlante en la Puerta del Sol, en la Carrera de San Jerónimo o en el Paseo de Recoletos... (vemos) que el autor se encarna en la obra, y esta nos ofrece la fisonomía moral de aquel.

En este año de 1866, Mesonero Romanos y Galdós aún no se conocían, ya que su primer contacto tuvo lugar en el año 1874 en el Ateneo viejo de la calle de la Montera. Y es a partir de este contacto cuando surgió su estrecha relación de magisterio y de amistad de por vida y la abundante y sustanciosa correspondencia epistolar.

LA PROBLEMÁTICA PRESENCIA DE LARRA EN GALDÓS

Entre los muchos artículos que escribió Larra, solo alrededor de una veintena corta se refieren directa y específicamente a Madrid. Por otro lado, Larra, que partía efectivamente de la observación de la sociedad madrileña, planteaba sus reflexiones sobre ella, la mayoría de las veces, en un nivel más amplio y diferenciado de lo local madrileño, ya que situaba su crítica y su denuncia de comportamientos y sucesos en ámbitos más generales y en niveles más trascendentes, con retazos casi de universalidad. Esta es una de las principales razones por la que la indagación sobre su concepto de Madrid, desde estas coordenadas, requiera un mayor detenimiento en su estudio y tratamiento. Larra y Galdós no se conocieron ya que Larra murió cinco años antes de que naciera Galdós. No obstante, se suele afirmar que, desde el punto de vista de la ideología política y del criticismo irónico y satírico, Galdós estaba más cerca de Larra que del propio Mesonero Romanos, “su maestro y amigo”, que era más conservador,

más conciliador y más complaciente. Pero, como he dicho, Larra, en mi opinión, no fue una fuente directa y de cierta amplitud, sino más bien oblicua, parcial y limitada, de la dotación madrileña y del despliegue madrileñista de Galdós. La profesora de la Universidad Complutense, María del Pilar Palomo, ha publicado un interesante estudio, relativamente reciente, del año 2008, titulado “Larra, Galdós y el periodismo romántico”, en el que hace observaciones interesantes en forma de hipótesis y depresunciones sobre esas cuestiones¹⁷. En este estudio la autora lo primero que hace es poner de relieve estos dos hechos: la utilización, por parte de Galdós, de algunos textos de Larra en sus obras y la detección de la presencia de Larra, como personaje, en algunas de sus obras, especialmente, en estos “Episodios Nacionales”: “Los Apostólicos”, “Mendizábal,” “De Oñate a la Granja” y “La estafeta romántica”. En este aspecto, la autora se reafirma en esta postura, respecto a los dos hechos enunciados:

Aludí, en páginas anteriores, a la posición ideológica de Galdós en 1898, que le acercaba al más genuino pensamiento de Larra y que se traslucía en una visión más entusiasta de Fígaro, (pero siempre con moderación y con reparos,) aunque se pueden detectar intertextualidades de Larra en algunas prosas de Galdós a partir del año 1865)¹⁸

Y, a medida que iba creciendo la producción literaria de Galdós y se iba perfilando su evolución ideológica, opina la profesora que su admiración por Larra se iba incrementando hasta convertirle en el citado personaje principal en alguna de sus obras. A partir de esto, la profesora M^a Pilar Palomo arriba a unas conclusiones, asentadas en estas en estas personales consideraciones:

“Paralelamente a esta utilización de Larra como personaje, se incrementan en la serie Tercera (de los Episodios) las citas, alusiones y el uso intertextual de su obra, lo que creo que evidencia una relectura galdosiana en la preparación de los volúmenes. Es lógico suponer que los artículos de Larra (coetáneos a ciertos sucesos historiadados y novelados por Galdós), tan ricos en información política, cultural, literaria y costumbrista, fuesen fuente directa de Galdós en los primeros títulos de la serie, sobre todo en aquellos episodios que trascurren en Madrid o nos transmiten, en forma epistolar, noticias de la capital. (...)

Esa presunta relectura de Larra se acusa en un renovado entusiasmo y en el incremento de uso intertextual de los textos de Fígaro... ni le rendía el fatigoso y tristísimo “Vuelva Usted mañana” (artículo de Larra)¹⁹.

¹⁷ Este trabajo está publicado en Isidora, Revista de Estudios galdosianos, n° 6, Madrid 2008, pp. 5-23.

¹⁸ Op. cit., p. 14-16.

¹⁹ Op. cit., p. 17.

Como puede observarse, en esta cita la profesora plantea el tema concreto de los artículos de Larra como posible fuente directa de información de Galdós para la tercera serie de los Episodios nacionales y lo hace, casi exclusivamente, sobre un entramado hipotético. Lo cual implicaría un estudio largo y serio para poder verificar o falsar dicho entramado, en el que se precisara en que materias y en qué perspectivas Larra podría ser fuente directa del madrileñismo de Galdós. En un aspecto más amplio, como es el de las relaciones, más generales, literarias e ideológicas, entre Larra y Galdós, la profesora, en su investigación, aporta varios textos, más claros y seguros en los que valora esas relaciones positivamente. No obstante, hay que constatar que no todos los críticos e historiadores de la literatura están de acuerdo acerca de la valoración de esas relaciones entre Larra y Galdós. En este aspecto, hay quien afirma, como la profesora Pilar García Pinacho, que Larra fue “la pasión juvenil de Galdós” y hay quien piensa, como el investigador Evaristo Correa Calderón, que Galdós “siempre se refiere a Larra con poca simpatía”. Personalmente pienso que, como he adelantado que, desde el punto de vista del concepto de Madrid y del madrileñismo resultante, Larra no fue fuente directa del madrileñismo galdosiano, ya que el madrileñismo de este fue el fruto de un singular proceso de madrileñización, en el que utilizó otras fuentes más claras, más directas y más completas, como las de Mesonero Romanos. Y, por otro lado, se puede constatar que Galdós apenas cita, expresamente, a Larra como antecedente en este aspecto, como hace generosamente con Mesonero Romanos y, parcialmente, con Ramón de la Cruz. Curiosamente en el Anexo de una Carta de Galdós a Mesonero Romanos, de 19 de marzo de 1879, (Carta n°13), entre las informaciones que Galdós pide a Mesonero, relativas a los años de 1829 a 1832, nos encontramos con esta que es formulada así por Galdós: “*Deseo conocer... Algo de Larra, Espronceda y demás literatos de la pandilla del café del Príncipe*”.

En su contestación Mesonero no le envía información alguna sobre esta petición. No obstante, en la Carta siguiente, de 18 de mayo de 1879, (Carta n° 14), Galdós le hace saber a Mesonero lo siguiente:

Espronceda, Larra, Vega, Escosura y Bretón son los que me han ocupado hasta ahora. (Pero sigue) En la segunda mitad del tomo (se refiere al de su obra. Los Apostólicos) pienso hacer con más atención que los anteriores, la semblanza de El curioso parlante (Mesonero Romanos) cumpliendo en esto un deber y rindiendo el debido homenaje al que habiendo fundado en España el cuadro de costumbres echó las bases de la novela contemporánea. No sé qué tal saldré del paso.

En resumen, ni el desarrollo de la acción que se presenta difícilísima en este tomo, ni mi escaso conocimiento de la vida de los literatos de 1830 me permitirá dar al estudio del renacimiento literario sino una parte muy secundaria del libro²⁰.

²⁰ VARELA HERVÍAS E. : Cartas... pp. 42 y 46.

A la vista de esta cita, no creo se pueda dudar, en modo alguno, de a qué escritores se dirigen las preferencias de Galdós, ni de su incondicional rendición ante la innegable trascendencia epistemológica de “El curioso parlante”, Mesonero Romanos, no solo como fundador de una especial literatura costumbrista madrileña sino también como el “fundamentador” de la novela contemporánea.

No obstante, y sin dejar de lado a Larra, me voy a detener brevemente en el estudio más cercano, que yo conozca, al tema en que estamos. Se trata del estudio de Enrique Pastor Mateos, que tiene como título, precisamente, este: “Larra y Madrid”. En este estudio el autor toca los siguientes temas: Madrid en la vida de Larra, Madrid en la obra de Larra, Costumbrismo y madrileñismo en Larra, El costumbrismo, visto por Larra y Madrid visto por Larra²¹.

El madrileñismo de Larra y su concepto de Madrid-ciudad no son como los de Mesonero Romanos, en la opinión de Pastor Mateos, ni como los de Galdós, en mi opinión, ya que las fuentes de conocimiento de Larra de la vida de Madrid y de su historia son limitadas, observándose, incluso, insuficiencias importantes de conocimientos en ellas, en comparación con las elaboradas por Mesonero Romanos y las utilizadas por Galdós. Del estudio de los artículos, en los que Larra trata directamente de Madrid, se deduce que tenía una impresión de la ciudad poco favorable y ponía en evidencia que su vida en ella estaba llena de negaciones y limitaciones para él, que Edward Baker formula de la siguiente forma:

porque Madrid es para él lo contrario de la libertad ya que su oficio, el de escritor público, le impone la necesidad de abandonar el refugio de su casa y lanzarse a la calle a trabajar. Y es que Larra vive no solamente en Madrid sino además de Madrid, cuya vida cotidiana es su material de trabajo más abundante y de más fácil acceso²².

Ya lo había confesado, anteriormente, con pesar, Larra en un artículo, de 25 de diciembre de 1836, titulado “Horas de invierno”: “Escribir en Madrid es llorar”.

Efectivamente, Madrid se le hacía a Larra tan pequeño y su vida tan monótona, que llegó a quejarse amargamente de ese Madrid que le condenaba al ostracismo y asilamiento hasta el punto de que llegó a plantearse, incluso, la posibilidad de no seguir viviendo en la ciudad. En el artículo “Las antigüedades de Mérida”, expone sus angustias madrileñas en estos términos:

²¹ PASTOR MATEOS, Enrique: Larra y Madrid, Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid, Tomo XVIII, 1949, pp. 197-331.

²² BAKER, Edward: Materiales para escribir Madrid, Literatura y Espacio urbano de Moratín a Galdós, Siglo XXI de España, Madrid 1991, p. 27.

¿Qué hago en Madrid? Todo es chico en Madrid: no quepo en el teatro, no quepo en el café, no quepo en los empleos; todo está lleno, todo obstruido, refugiado, escondido, empotrado en un rincón de la Revista España... l'etouffe. ¡Fuera, pues, de Madrid!.” (Estoy sofocado, ahogado, lo rechazo).

Pero donde la visión de Madrid de Larra alcanza un cenit trágico es en el artículo “Día de difuntos de 1836”, en el que despliega la visión más impresionante, más trascendente y más escatológica de cuantas ha volcado el autor sobre Madrid y sobre España. Pues, en este artículo llega a afirmar: “Madrid es un cementerio... un vasto cementerio... Aquí yace media España, murió de la otra media”. Y Edward Baker apostilla que en ese artículo Larra “*plantea Madrid no como Arcadia ni como utopía, sino como necrópolis del liberalismo español*”.²³

A pesar de todo, en sus artículos, más madrileños, Larra fija su atención en deficiencias y defectos concretos de Madrid, como la suciedad de sus calles y la mendicidad, el carácter zafio y huraño de los madrileños, su escasa sociabilidad y no saber divertirse, concluyendo que Madrid es una “sociedad de ociosos y habladores”. Es claro, pues, que la visión de Madrid de Larra es una visión evidentemente reducida y desfavorable, de la que, no obstante, se pueden detectar algunas huellas en algunos aspectos concretos de algunas de las obras de Galdós. Por lo tanto, esa visión no responde a un análisis amplio y sistemático de Madrid como totalidad, en cuanto objeto de conocimiento, ni de su estructura urbana, ni de la condición moral de sus ciudadanos ni de las peculiaridades de la vida madrileña, debidas a que Madrid, además de ser Villa, era Corte y Capital de España.

Como una muestra de la existencia de algunas huellas de Larra en Galdós, Edward Baker aporta una de especial significado. Pues, refiriéndose a la descripción que hace Galdós, en su novela “La Fontana de oro”, del café del mismo nombre y de la Carrera de San Jerónimo, donde estaba ubicado, Baker detecta que Galdós hace una descripción que responde a criterios histórico-novelísticos y no a criterios empíricos y arqueológicamente exactos y, a propósito de la cual, apunta el autor:

Una vez más, Galdós se aleja de una técnica que hoy sería calificada acaso de realismo fotográfico y transforma el material histórico en material narrativo. En este pasaje, sin embargo, se observa fácilmente la huella de Larra más implacable. Porque en el momento de trazar la descripción satírica del espacio nuclear de su novela, (Galdós) saca la fusta no solamente para castigar a los “apóstoles de la libertad”, sino para definir su propia actitud - su propio espacio histórico político respecto a ellos²⁴.

²³ Op. cit., p. 51.

²⁴ Op. cit., p. 124-125.

Finalmente, Pilar Palomo aporta la relación de los principales investigadores que han valorado, de diversas formas, la relación de Galdós con Larra: Rubén Benítez, Pilar García Pinacho, Evaristo Correa Calderón, Robert Kirsner y Willian Shoemaker.

EL INICIO DE SU OBLIGADO APRENDIZAJE MADRILEÑO

Admitidos el confesado magisterio de Mesonero Romanos y el otorgamiento de la condición de “guía insuperable e indiscutido”, es ineludible afincarse en el estudio de los materiales de información y de estudio que, para el conocimiento de Madrid, Mesonero Romanos proporcionó, directamente y a demanda, a Galdós, con los cuales este fue adquiriendo un alto y amplio conocimiento de Madrid, pudiendo así eternizar, en sus propias obras, la vida y la historia de la Villa y Corte con garantías de veracidad.

La vida de Galdós parece se caracterizó siempre por un afán de conocimientos que demostró, especialmente, en su aprendizaje madrileño, ya que, como he insinuado, su primera decisión fue “comprometerse con el conocimiento de Madrid”, antes, incluso, de su decisión de dedicarse al ejercicio de las actividades literarias, que, en principio, se cifró en la colaboración periodística. Primero, en el periódico madrileño “La Nación” y, poco después, en la “Revista del Movimiento Intelectual de Europa”, filial del diario “Novedades”; ambos de inspiración liberal- progresista, a los que Galdós aporta sus crónicas semanales. Respecto a las colaboraciones de Galdós en estos dos medios, Pérez Vidal sintetiza:

Este doble compromiso no solo impedía a Galdós alejarse de la corte, sino le obligaba a examinar con especial atención la vida madrileña y los antecedentes de las costumbres, fiestas y solemnidades de Madrid; a corretear por las calles y callejuelas y a familiarizarse con Mesonero, Flores, Larra, Miñano y hasta con don Ramón de la Cruz.

Pero de un modo más amplio y entrañado que al devenir sociocultural estrictamente madrileño, Galdós prestaba atención al acontecer histórico español, sobreañadido, más que en ninguna otra ciudad, al de la misma villa y corte²⁵.

Pero, la represión, que siguió a la sublevación de los sargentos del cuartel de San Gil, trajo consigo, entre otras medidas, la supresión de la prensa liberal-progresista, a la que pertenecían los dos medios en los que Galdós colaboraba, “La Nación” y la “Revista del Movimiento intelectual de Europa”. Y Galdós se quedó sin trabajo, pero aprovechó este contratiempo para hacer un viaje a París, de donde volvió con el propósito de no descuidar sus estudios universitarios.

²⁵ PÉREZ VIDAL, José: *Galdós, años de aprendizaje 1862-1868...* p. 9.

Pero en lo que atañe a su carrera de Derecho, ya, a comienzos del año 1868, Galdós es borrado de las listas de los cursos de Derecho Mercantil Comparado, de Derecho Penal y Derecho Canónico. Pues, el reconoce que fue un mal estudiante de Derecho y así lo confiesa él mismo:

No sentía vocación alguna por la carrera de Derecho (...) y debido a esto, realizaba los estudios con mediana aplicación. En cambio, atraído por los encantos de Madrid, hacía vida de diversiones, de cafés, de tertulias...²⁶

E, incluso, se le atribuye esta confesión: “Dos cosas detesto: las Matemáticas y el Derecho²⁷”.

A los diez y siete meses de silenciamiento, volvieron a su actividad la “Revista del Movimiento Intelectual de Europa” y el periódico “La Nación” y Galdós volvió con sus crónicas, la “Crónica de Madrid” y la “Revista de la Semana”. Ambas crónicas eran esclavas de la actualidad, si bien, en esta segunda época, las dotó con una intención más crítica que las de la primera. Hasta entonces, Galdós había observado la vida madrileña por simple curiosidad. A partir de aquí la curiosidad se convirtió en obligación y Galdós tuvo que adentrarse “en el mágico ambiente de la Villa y Corte” y dedicarse de lleno a mejorar su conocimiento de la historia y de la vida de Madrid.

Así pudo observar con especial atención el Madrid que entonces se estaba formando, su Madrid que ya no era el Madrid de Mesonero, y prepararse para rehacer por sí mismo la experiencia de la Villa, que era la de toda la nación y, en gran medida, la de su siglo.²⁸

No obstante, para incrementar sus conocimientos históricos de la Villa y Corte, Galdós acudía, como he repetido, al estudio de las obras escritas de Mesonero Romanos, que reseña y especifica en sus Cartas a este. Se trata de las obras el “Antiguo Madrid” (1861), las “Escenas matritenses” (1845) y las “Memorias de un setentón”, (1880). En estas Cartas Galdós no hace referencia a los citados “Manuales de Madrid”, ni a una pequeña obra, titulada “Rápida ojeada sobre el estado de la capital y los medios para mejorarla”, que Mesonero publicó en 1835, a la vuelta de su viaje por Europa, en concreto, por Londres y París, cuyas excelencias urbanas proponía fueran implantadas en Madrid-Capital.

No obstante, en estas Cartas, Galdós sí hace algunas referencias a otras fuentes escritas; obras históricas, costumbristas y madrileñistas de otros escritores como Vicente de la Fuente, Pressas, Escosura, Juan Bautista Alonso,

²⁶ ANTÓN DEL OLMET, Luis y GARCÍA CARRAFFA, Arturo: *Los grandes españoles*, GALDOS, Imprenta “Alrededor del mundo”, Madrid, 1912, p. 28.

²⁷ Citado por GALÁN RODRÍGUEZ, Eduardo: *España en Galdós, Constitución, Estado y Nación en un escritor canario*, BOE, Madrid, 1916, p.13.

²⁸ PÉREZ VIDAL, José, *Galdós, años de aprendizaje...* p. 49.

Manuel Cambroner y otros. Sin embargo, no cita en ellas la obra del Conde de Toreno, “Historia de levantamiento, guerra y revolución en España”, publicada en 1835-1837, que parece haber sido utilizada por Galdós para la redacción de la primera serie de los “Episodios Nacionales”, en concreto, para el Episodio “El 19 de marzo y el 2 de mayo”.

LAS CARTAS ENTRE PÉREZ GALDÓS Y MESONERO ROMANOS

Como ya he adelantado, la primera, la más segura y amplia fuente de conocimiento de Madrid, para Galdós, procede de su relación directa, de amistad y de discípulo a maestro, con Mesonero Romanos. La alucinada admiración intelectual de Galdós por Mesonero, tantas veces proclamada en sus Cartas, venía de atrás, como puede constatarse en los artículos citados de la obra “Crónica de Madrid”, de 1866.

Como he adelantado, Galdós era cuarenta años más joven que Mesonero Romanos. Esta es la razón por la que le pide constantemente y le suplica obsesivamente informaciones sobre sucesos políticos y literarios de la primera mitad del siglo XIX, muchos de los cuales Mesonero Romanos conocía de primera mano. Mesonero fue generoso en sus informaciones, garantizadas siempre –dice– por la seguridad de provenir del “archivo de su prodigiosa memoria”. La influencia de Mesonero Romanos sobre Galdós fue muy beneficiosa, como estímulo, especialmente, cuando el joven escritor estaba iniciando el tránsito de sus estudios universitarios a su dedicación a la carrera literaria. En definitiva, en este trance, según Varela Hervías, lo que

Galdós buscaba (en Mesonero era) la fragancia de los recuerdos y de las imágenes personales, de lo no contaminado por preocupaciones adjetivas, paralarlosa sus escenarios novelescos. Hay, como no, el arrimo del libro; pero también lo otro, que es lo que dalozanía al relato y a la intriga. (...) Hasta Galdós no volvemos a encontrar a Madrid como fondo de acción literaria. (...) Adopta el paisaje de la ciudad como suyo y olvida el nativo, nota diferencial con los escritores de su generación o grupo²⁹.

Y, en apoyo a esta perspectiva, Varela se acoge a la opinión de Clarín quien, hablando –dice Clarín– de “mi Galdós, del que yo conozco, trato, quiero y admiro”, ya había desplegado esta perspectiva:

Políticamente es Galdós español (y diputado); pero en la geografía es africano (...). Para mí Galdós es... Madrileño (...)

La patria de este artista es Madrid; lo es por adopción, por tendencia de su carácter estético y hasta me parece... por agradecimiento. El es el primer novelista

²⁹ PÉREZ VIDAL, José, *Galdós, años de aprendizaje*. p. 8-9.

de verdad, entre los modernos, que ha sacado de la corte de España un venero de observación y de materia romanesca, en el sentido propiamente realista, como otros lo han sacado de París, por ejemplo. Es el primero y hasta ahora el único. A Madrid debe Galdós sus mejores cuadros y muchas de sus mejores escenas aún muchos de sus mejores personajes. Si los novelistas se dividieran como los predios, se podría decir que era nuestro autor novelista urbano³⁰.

Y, además, sintetiza Clarín la doble procedencia de los conocimientos madrileños de Galdós; los de las obras escritas y de las informaciones de Mesonero Romanos en las contestaciones a las cartas de Galdós, y los de la propia experiencia de Galdós en su incansable “callejeo” por la topografía urbana de Madrid. Así lo proclama Clarín:

Si tuviera espacio recordaría la “Ciencia de Madrid” que posee Galdós y el placer que causa recorrer con él los barrios bajos, escudriñando curiosidades y evocando escenas históricas en el lugar de la escena. El Curioso Parlante quería como a hijo de sus más caras aficiones al autor de los Episodios y admiraba que sin haberlos vivido conociese tan bien aquellos tiempos a que Mesonero Romanos consagraba su culto. Yo he visto un regalo de Mesonero a Galdós... era un pedazo de pan - del año del hambre³¹.

Y, en consideración a lo expresado por Clarín en esta cita, Varela Hervías no tiene más remedio que arribar a esta conclusión:

No tenemos mejor guía sentimental de la Villa en el siglo XIX que las descripciones galdosianas. Topografía y vida de algo que, siendo tan nuestro y tan próximo, ya entra dentro de la arqueología de la ciudad³².

Las otras Cartas, las de “Mesonero Romanos a Pérez Galdós”, presentadas por Soledad Ortega dentro de un variado contingente de Cartas a otros escritores, tienen una importancia más relativa, ya que las Cartas más importantes, desde el punto de vista del suministro de materiales, por parte de Mesonero a Galdós, ya están incorporadas, como contestaciones, a las Cartas de “Galdós a Mesonero” de la citada edición de Varela Hervías. Las Cartas restantes de Mesonero a Galdós se refieren, en su mayoría, a asuntos más particulares, como el intercambio de obras propias recién salidas del horno editorial y de mutuas alabanzas personales a propósito de ellas. No obstante, Soledad Ortega valora estas Cartas de Mesonero a Galdós, diciendo en que en ellas “puede apreciarse la enorme ayuda que este (Mesonero Romanos) significó para Galdós... (...) El bondadoso Mesonero siempre repite que “él admira a su joven amigo sin pizca de envidia”³³.

³⁰ Por tener, como maestro, a quien tenía, Mesonero Romanos, -apostilla Varela-.

³¹ ALAS Leopoldo “Clarín”: “Benito Pérez Galdós”, en Rogers Douglass M. (Edit.) Benito Pérez Galdós, el escritor y el crítico, Taurus, Madrid, 1973, pp. 23, 27, 28 y 37.

³² Op. cit., p. 9

³³ Op. cit., p. 9.

Sin duda, las Cartas de “Galdós a Mesonero Romanos” y las respuestas de este requieren un estudio más amplio y detenido que el presente. No obstante, voy a hacer una referencia a su estructura y a la relación de obras de Mesonero, nominadas en ellas, que constituyen el objeto de la preferente atención, estudio y valoración de Galdós por la necesidad que tenía de ellas.

Dentro de la estructura general del complejo epistolar de Galdós a Mesonero Romanos hay núcleos trimembres y bimembres, que, a mi juicio, son los más importantes ya que cumplen plenamente con el objetivo principal de las Cartas. Este objetivo, ya lo he indicado, es que Mesonero Romanos, a demanda, a veces, angustiosa, de Galdós, le suministrara las informaciones que necesitaba para poder escribir sus obras con garantía de veracidad o, al menos, con un cierto “fundamento in re”, como base para poder construir, a partir de él, entes imaginarios, entes preferidos y que mayor placer causaban a Galdós.

Hay dos núcleos trimembres, los de las Cartas, número 1 y 13, que constan de la Carta de demanda de Galdós, de un Anexo, en el que este concreta los puntos sobre los que necesitaba información, y la Carta de contestación de Mesonero. Hay otros dos núcleos bimembres. Uno, constituido por las Cartas de Galdós y un Anexo de peticiones concretas, las de los números 2 y 5 y otro, integrado por las Cartas de Galdós y las Cartas de contestación de Mesonero, las numeradas con los números 7, 8, 12 y 16. El resto del complejo epistolar está constituido, generalmente, por Cartas de Galdós pidiendo en todas ellas las más diversas informaciones y aclaraciones. E, incluso, en algunas sus contestaciones Mesonero descubre la existencia de algunas inexactitudes en obras publicadas de Galdós y le remite algunas rectificaciones para Galdós las incorpore a las obras que aún tenía en curso de publicación.

El segundo aspecto del complejo epistolar se concreta en la relación de obras de Mesonero Romanos estudiadas, o en proceso de estudio, por Galdós, que este relaciona con fervor y admiración en las Cartas. A título de muestra, me remito a la Carta, número 1, de mayo de 1875, en la que Galdós se expresa así:

Yo estaba en aquellos días muy enfrascado en El Antiguo Madrid, que leía con verdadera devoción, y estudiaba sobre el terreno por las calles, callejuelas, costanillasy derrumbaderos matritenses. Esta preocupación constante es la causa de que en mi boceto, o más bien coup de crayon, me fijase más en aquella obra que en las célebres Escenas (Matritenses) que conocía desde mi niñez y cuya lectura despertó en mí la afición a las pícaras letras y especialmente a los escritos de costumbres³⁴.

Y, en la Carta, número 9, de 7 de mayo de 1878, refiriéndose a las “Memorias de un setentón”, Galdós expresa así su agradecimiento a Mesonero por el envío de la obra:

³⁴ Op. cit., p. 9.

...un millón de gracias por sus Memorias de un setentón, que leo con inmenso atractivo, por lo mismo que he tratado de conocer mediante la imaginación una época ya remota y que V. nos presenta ahora con todos los encantos de la verdad, del estilo y una gracia sencilla y ática verdaderamente desesperante.

No se puede concebir un setentón que parezca más joven por la manera con que cautiva al lector. Es de esperar que tan magnífica obra se imprimirá en tomo para mayor esplendor de la fama imperecedera del Curioso Parlante³⁵.

En las Cartas, número 10 y 11, de 28 de setiembre y de 13 de diciembre, de 1878, según le iban llegando en fascículos la obra citada, sigue Galdós en la continua alabanza, hasta el punto de que no duda en calificar a las “Memorias de un setentón” como

no solo lo mejor, sino lo único que tenemos en este género de historia anecdótica (...) V. ha dotado a la literatura contemporánea de una obra interesantísima que suplirá con ventaja a las narraciones puramente históricas, sin incurrir en las falsedades y desvaríos de la novela. Las Memorias, género tan poco cultivado entre nosotros, tiene el encanto de la verdad más pura y si a esto se une el atractivo que les presta una personalidad literaria de tanto vuelo como la del Curioso Parlante, resulta un conjunto que excede en interés (no me cansaré de repetirlo) a la historia neta y a todas las novelas posibles³⁶.

En la Carta, número 14, de 18 de mayo de 1879, después de haber recibido Galdós otro capítulo de las “Memorias de un Setentón”, emite un juicio, en el que hace esta confesión personal sin reparo alguno:

Después he visto el admirable capítulo de sus Memorias, que acaba de publicarse, y puedo asegurarle que ante él palidece de tal modo lo mío que no hay comparación posible (se refiere a la mitad ya escrita de su obra Los Apostólicos). Fuera de la gracia y amenidad inimitable que V. da a su escrito, hay en él tal y hacer desaparecer lo que he escrito sobre la misma materia, lo haría con gusto³⁷.

Y en la antepenúltima Carta, la número 18, de 1 de julio de 1880, Galdós confiesa que, por fin, ha podido leer “Las Memorias de un Setentón” en su totalidad. Y, en esta Carta, Galdós ya se atreve a dar un juicio definitivo y completo de la obra y de su autor, haciéndolo en estos términos:

...en la presente ocasión me ha parecido mas maestra la pluma que ha trazado aquellas páginas llenas de vida y juventud, y más grande el encanto de aquella narración fácil, amena, deliciosa por el admirable consorcio que en ellas hay de

³⁵ Op. cit., p. 33.

³⁶ Op. cit., p. 35.

³⁷ Op. cit., p. 45.

la verdad histórica y de la imaginación del artista. Ya sabe V. cuanto admiro su prosa y su manera singularísima de narrar y pintar, manera o estilo de la cual nos servíamos los que con mayor o menor fortuna nos dedicamos a cultivar la literatura de costumbres en forma de fábula o en forma de cuadro³⁸.

EL APRENDIZAJE DIRECTO DE MADRID:

EL PASEO Y LA CALLE COMO REALIDADES VITALES Y COMO CATEGORÍAS.

En la ciudad galdosiana los paseos por las calles son fundamentales, pues el paseante se solaza precisamente en el espejo de la ciudad, intenta reconocerse en él, produciéndose una especie de simbiosis entre el paseante y los nuevos espejos, esos nuevos contextos urbanos que se están dando en la ciudad. Por tanto, empieza a producirse una nueva relación entre el observador y lo observado, en la que el paseante escritor va modificando a través de sus escritos lo que va viendo y los que lo van leyendo van a ir modificando su forma de ver la ciudad a través de lo que leen. Esa es la gran magia del realismo galdosiano³⁹.

En efecto, Galdós, además de las obras de Mesonero Romanos y de sus informaciones sobre la historia y la vida de Madrid, tuvo estas otras fuentes de conocimiento: las de la experiencia de sus paseos por las calles de la Villa y Corte y las de su contacto directo con el vecindario de los más diversos barrios madrileños. Esta experiencia nos remite a esas otras fuentes de conocimiento, las fuentes audiovisuales directas, que posibilitaron a Galdós la aprehensión de la más viva y concreta realidad urbana madrileña, ya que practicó, como su maestro Mesonero Romanos, un generoso “callejeo”, ansioso de conocimiento, por esa realidad. Y, con su “callejeo”, Galdós entró en posesión, sin intermediarios, del alma y del cuerpo de Madrid y así lo reflejó en pasajes de sus más célebres obras de creación literaria y en las pocas obras de teoría referidas a Madrid. Casi, desde el principio, su vida en la Ciudad adquirió el sesgo de un aprendizaje, que terminó formalizado en esas fuentes directas, orales y visuales, que formaron parte de su universo conceptual, junto a las fuentes escritas provenientes de la pluma de Mesonero Romanos. Los conocimientos inducidos de su experiencia vital callejera aparecieron, en primer lugar, en sus crónicas del periódico “La Nación”. De estas “Crónicas de Madrid” se puede inducir una visión de la ciudad que Galdós recordará, cincuenta años después, en algunos pasajes de sus “Memorias de un desmemoriado” y, especialmente, en su conferencia “Madrid”, dada en el Ateneo, en el año 1915, en las que el lector podrá disfrutar “*de las diferentes apreciaciones que del mismo espectáculo hacen el joven y el anciano*”(Galdós)⁴⁰.

³⁸ Op. cit., p. 55.

³⁹ NAHARRO CALDERÓN, José M^a: Madrid en la literatura del cambio de siglo, en Angel Berenguer y Manuel Pérez (eds): Tiempo de 98, Ateneo de Madrid, 2005, p. 149.

⁴⁰ PÉREZ VIDAL, José: Pérez Galdós, Benito, Madrid... p.50.

“MADRID”: LA CONFERENCIA DEL ATENEO EN 1915

La conferencia, titulada “Madrid”, es la obra en la que Galdós viejoo ofrece el recuerdo del Madrid de su juventud con “amorosa nostalgia y sus diferentes apreciaciones”. Pues, esta conferencia presenta el Madrid de su juventud, recordado, con algunas apreciaciones nuevas, más de cincuenta años después. La conferencia fue escrita por Galdós pero no fue leída por él sino por Seraffín Álvarez Quintero, en el Salón de Actos del nuevo Ateneo de la calle del Prado, el día 28 de marzo de 1915. En estas fechas Galdós ya estaba muy enfermo. Con esta conferencia inauguraba la Sección de Literatura del Ateneo, presidida por el escritor Francisco A. de Icaza, el Ciclo de conferencias, titulado “Guía espiritual de España”, consagrado a la descripción de las principales ciudades españolas. Y de este Ciclo, la conferencia inaugural fue la conferencia de Galdós.

El arranque de la conferencia puede parecer una especie de ex-abrupto, una explosión, a la vez, de decepción y júbilo. Este es el arranque “ ¡Oh Madrid! ¡Oh Corte! ¡Oh confusión y regocijo de las Españas!.” Y, sin apenas un respiro, Galdós precisa cual era su estado de ánimo y de cuerpo, cuando escribió la conferencia

...porque el triste conferenciante -dice- que habéis elegido para esta solemnidad no puede hablaros de lo que ve, sino de lo que vio, y en él se da el caso singular de que la voluntad y la inteligencia, ambas rendidas al cansancio, se inhiben totalmente, traspasando sus funciones a la memoria, tanto mas lozana cuanto más vieja, y siempre atisbadora y charlatana⁴¹.

EL ATENEO Y LAS CALLES: SUS NECESIDADES VITALES E INTELECTUALES

Galdós, “huésped constante del parador literario” del Ateneo viejo de la calle de la Montera, después de extasiarse ante el suntuoso recinto del nuevo Ateneo de la calle del Prado, precisa que va a hablar al auditorio del nuevo Ateneo desde el Ateneo viejo, que es -confiesa con nostalgia.

mi Ateneo, mi cuna literaria, el ambiente fecundo donde germinaron y crecieron modestamente la pobres flores que sembró en mi alma la ambición juvenil.(...) altar de mis ensueños, descanso de mis tardes, alegría de mis noches y embeleso de todas mis horas. (...) Todos los grandes cerebros españoles del siglo XIX han pasado por aquella madriguera. (...) en aquel antro (...) nació la Buena Nueva y allí tuvo su laborada gestación, hasta dar al mundo hispano el fruto bendito de la democracia, del laicismo, de la tolerancia mínima, anuncio cierto de mayores conquistas para

⁴¹ PÉREZ GALDOS, Benito: Madrid, en “Memorias de un desmemoriado...”, Comunidad Autónoma de Madrid/Visor, 2004, p. 211.

tiempos próximos. (...) Vosotros me oís en la grandiosa basílica del saber moderno. Yo os hablo desde las catacumbas, que eso es el viejo Ateneo, las sacrosantas catacumbas.”(del saber del siglo XIX)⁴².

Después de alabar al nuevo Ateneo, Galdós se dirige al auditorio, precisando que su propósito es hacer “una total pintura del Madrid mío, inmediato precursor del vuestro”. Y sin dejar de hablar de su viejo Ateneo, de los grandes intelectuales que hicieron de él “una Universidad libre, norma y guía de la edad presente” y de su Universidad y de sus brillantes profesores, en su mayor parte, institucionistas, emprende Galdós su cruceo por las calles del bajo Madrid, el Madrid del sur. Y empieza el cruceo urbano callejeando por la calle del Sacramento que describe así:

Dejando atrás el bello espectáculo del relevo de la guardia (de Palacio) me gustaba correr hacia el Sacramento y penetrar en el interior de la iglesia. Me entretenía viendo los altares, las rejas del coro y algunas cosas grotescas que nos ha legado el prosaico siglo XVIII...⁴³.

Y de aquí a la calle de Segovia, a Puerta Cerrada y a través de calles y parroquias, recalca en la calle de Toledo. Y, después de confesar que asistía a las clases de Derecho y de Filosofía y Letras, confiesa también que hacía frecuentes novillos, movido “de un recóndito afán que llamaré –dice- de higiene o meteorización del espíritu“. Galdós se madrileñizaba, ya que necesitaba el paseo por la calles, “el callejeo” urbano para ir adquiriendo los conocimientos que necesitaba para sus obras. Y así lo justifica:

Ello es que no podía resistir la tentación de lanzarme a las calles en busca de una cátedra y enseñanza más amplias que las universitarias; las aulas de la vida urbana, el estudio y el reconocimiento visual de las calles, callejuelas, angosturas, costanillas, plazuelas y rincones de esta urbe madrileña, que a mi parecer contenían copiosa materia filosófica, jurídica, canónica, económica-política y, sobre todo, literaria⁴⁴.

Y en análogos párrafos posteriores, va precisando Galdós la cartografía de su aprendizaje madrileño y de su formación intelectual en las aulas de las calles de Madrid, en sustitución del aprendizaje en las aulas de la Universidad. Hecha una curiosa observación previa sobre los atributos de la Villa, el Oso y el Madroño y repartiendo estas atribuciones entre los Madriles de arriba y de abajo, especifica así su “académico” aprendizaje callejero:

⁴² PÉREZ GALDÓS, Benito: “Madrid”, en Memorias de un desmemoriado... p. 211-212.

⁴³ PÉREZ GALDÓS, Benito: “Madrid”, en Memorias de un desmemoriado ... p. 213.

⁴⁴ PÉREZ GALDÓS, Benito: “Madrid”, en Memorias de un desmemoriado... p. 213.

Entiendo que el oso es el Madrid que vive desde la Plaza Mayor por arriba, y el madroño lo que llamamos barrios bajos. En estos, el que os habla, fugitivo de la Universidad, ha hecho un año y otro, con buenas notas, cursos de Literatura práctica, y aún de Psicología experimental, entablando íntimo trato con personas o figuras imaginarias, ora en la calle del Almendro, ora en la Cava Baja de San Miguel, ya en el café del Gallo y la inmediata Escalerilla, ya en las calles del Amparo, en la Cava Baja, del Mediodía Grande, Humilladero, Irlandeses, Calatrava y otras muchas.

Los cursos de Derecho mercantil comparado los he hecho en la plaza de la Cebada, café de Naranjeros, y los gané pisando troncos de berza y cáscaras de fruta.⁴⁵

LA CALLE DE TOLEDO: ARTERIA PLETÓRICA DE HISTORIA Y DE VIDA

Y siguiendo en sus “académicos” estudios callejeros, va desgranando, en su peregrinaje madrileño, calles y plazas con sus iglesias y conventos y llega Galdós a la calle de Toledo, arteria fundamental de Madrid, al ser la arteria que comunica el norte con el sur y, por ello, es la bella síntesis de la ciudad e históricamente fecunda. Y sobre esta calle despliega Galdós una exultante loa por ofrecerle un manojo de importantes acontecimientos históricos, que le dan la oportunidad de ir profundizando en el conocimiento de un Madrid, histórico y actual, desde el libro abierto de esta privilegiada calle de Toledo,

...arteria pletórica de vida, de sangre, de gracia, de alegría, y ¿Por qué no decirlo?, de belleza, pues pienso yo que no hay calle en el mundo más bonita ni más pintoresca que esta de Toledo. (...) Además es calle histórica: por ella pasaron hacia el suplicio el mártir Riego, el caballeroso y arrogante general León, el polizonte chico, ajusticiado por el pueblo en la Fuentecilla. En ella hirvió la cólera popular en el terrible día de la degollina de los frailes. Por ella entraron con grandiosa pompa cortesana las princesas que vinieron a casarse con nuestros reyes. Por ella corrió mil veces la oleada de los motines (...) Toda la calle es roja, no precisamente por el matadero ni por la sangrerevolucionaria sino por la pintura exterior de las ochenta y ocho tabernas que existen desde la plaza de la Cebada hasta la Puerta de Toledo.

Es además esta hermosa vía el centro comercial más importante del Madrid antiguo y moderno (...) En Madrid no hay más dinero que en la calle de Toledo⁴⁶.

EL RASTRO:” ACADEMIA DE LIBRES ESTUDIOS”

Continuando su “académico” cruceo urbano, “Mis pasos automáticos –dice- de estudiante, tan aplicado como inquieto me llevan al Rastro”, la otra entidad urbana madrileña que mereció especial atención y elogio de Galdós porque le

⁴⁵ PÉREZ GALDÓS, Benito: “Madrid”, en Memorias de un desmemoriado ... p. 215.

⁴⁶ PÉREZ GALDÓS, Benito: “Madrid”, en Memorias de un desmemoriado ... p. 214-215.

ofrecía grandes oportunidades de estudio y conocimiento de la Villa. Sobre esta entidad urbanase permite Galdós esta “filosófica” loa:

“¡Oh, el Rastro! Academia de los libres estudios, que comprenden el conocimiento del despojo social, del último giro de la vida evolucionando hacia la muerte; bazar con toques y vislumbres de basurero (...) ¡Oh! que estudio tan provechoso, y cuanto goza el espíritu descubriendo en el examen y el ir y venir de tales trebejos el principio de que, si nada muere en la naturaleza nada muere tampoco en la industria! Cuando veáis que algo acaba decid que algo comienza (se refiere a la transformación de los deshechos en nueva utilidad y vida nueva, el reciclaje).

Mis estudios del Rastro no hubieran sido completos sin añadir a la teoría la práctica. No una vez, sino muchas, visité, revolví y escudriñé el gran establecimiento de trapería que ocupa uno de los más amplios locales de la Ribera de Curtidores. Es sencillamente grandioso...(...)

También en aquella demarcación madrileña del Rastro, Inclusa y Embajadores entretuve mis ocios cultivando trato con personas residentes en calles donde moraba el encanto y el misterio de seres imaginarios...

Ronda de Embajadores, Lavapiés, Las Peñuelas. Continuando por aquí mis estudios, celebro una conferencia histórica con el famoso cojo de las Peñuelas, figura imponente de la Milicia Nacional en los tiempos revolucionarios y disertamos sobre uno de los temas más oscuros de la historia contemporánea “la muerte alevosa que dieron al general Prim en la calle del Turco media docena de hombres atacados de exaltación patrioter⁴⁷”.

Y, DE NUEVO, RAMÓN DE LA CRUZ EN LOS BARRIOS DEL SUR

Y, a continuación, entre los episodios más típicos galdosianos, en los que Galdós mezcla lo real con lo imaginario, nos encontramos con un retorno, en forma de un reencuentro imaginario de Galdós, en estos barrios, con Ramón de la Cruz, de mucha utilidad para él. Pues, Galdós, para el conocimiento de del siglo XVIII madrileño, como he adelantado, escogía al sainetero Ramón de la Cruz, al que consideraba, por sus sainetes, el escritor más representativo de la literatura popular madrileña de ese siglo. Como he referido líneas atrás, en el año de 1870, Galdós ya había publicado el ensayo sobre este sainetero, titulado “Don Ramón de la Cruz y su época”. Y, ahora, en la conferencia del Ateneo de 1915, le evoca, implorando su auxilio de la manera siguiente:

No era la primera vez que, trotando por aquellos arrabales (del sur de Madrid) había yo tenido la visión del prodigioso sainetero madrileño don Ramón de la Cruz, que ha perpetuado la vida de los tiempos majos en sus obras inmortales. Era mi pesadilla: yo le consideraba, no como pintor, sino como creador de la pintoresca humanidad que puebla la zona baja de Madrid, y cuando mis estudios me llevaban a

⁴⁷ PÉREZ GALDÓS, Benito: “Madrid”, en Memorias de un desmemoriado... p. 216-217.

intimar espiritualmente con entes imaginarios de aquel vecindario, evocaba el castizo ingenio de don Ramón para que me asistiese y amparase, prestándome algunos adarmes de su peregrina realidad y de su saludísimo desenfado.

He observado que en la época chulesca (Siglo XIX) la inventiva es más fecunda y el léxico más rico que en el periodo de la majeza (Siglo XVIII); dijérase que la primera época es castiza y tiende a la conservación de las formas verbales; la segunda decadentista, con tendencia al desenfreno del individualismo aplicado al lenguaje. Las modas de hablar cunden prodigiosamente, y luego viene una tercera época, cuya característica es lamutilación de las palabras más usuales: el estilo telegráfico, la economía de saliva. La época inmediata es, a mi juicio, la mejor, la más galana y expresiva⁴⁸.

EL BARRIO DE LAS LETRAS, LA CALLE DE ALCALÁ Y LA DIOSA CIBELES

Y siguiendo Galdós en su “académico” callejeo por la “topografía” del Madrid sureño, llega al barrio históricamente más culto de Madrid, el barrio de las Letras, barrio de comediantes: la parroquia de San Sebastián y la Virgen de la Novena, patrona del Teatro, “de mi particular devoción“, el Corral de la Pacheca, la Academia de la Historia, las calles de Francos y Cantarrana, donde vivieron Lope de Vega y Cervantes, el Convento de las Trinitarias, el “convento más simpático de Madrid” y sigue sin descanso en su periplo urbano y mental... Y, como ya se le hacía tarde y se encontraba cansado, Galdós se apresura y corre hacia el Prado, saluda al Botánico, sombrero en mano y “para saludar al inmenso Museo necesito- confiesa- quitarme el cráneo, la masa encefálica”, Neptuno, el Dos de Mayo, fuente de Apolo, hasta llegar a ofrecer sus respetos a la “deidad tutelar de Madrid”... “, la diosa Cibeles, “a quien profeso particular afecto y veneración.” Y, después de confesar su fatiga por haber recorrido “en poco tiempo todo el Madrid del sur de punta a punta“, llega a la calle de Alcalá, de la que hace un canto análogo al de la calle de Toledo:

Hermosa, hermosísima es la calle de Alcalá; sus deformidades la embellecen más. Sus jorobas son un nuevo encanto. No hay en el mundo una calle más alegre. Todo en ella sonrío. La calle de Alcalá es un florido sumidero donde los madrileños arrojan, paseo arriba, paseo abajo, todas las desdichas nacionales...⁴⁹

Se refiere a los buenos burgueses, que venían a esta alegre calle a quejarse de “las desdichas nacionales” y a olvidarse de los “cuidados que dejaron en sus casas”

Y, en su apresurada carrera, Galdós se da de cara con la diosa Cibeles que, al verle fatigado, le pregunta “con gracioso desgaire”:

⁴⁸ PÉREZ GALDÓS, Benito: “Madrid”, en Memorias de un desmemoriado... p. 218.

⁴⁹ PÉREZ GALDÓS, Benito: “Madrid”, en Memorias de un desmemoriado ... p. 222.

-¿A dónde te llevo, hijo ?

Hágame el favor, señora mía, de llevarme al Ateneo viejo, calle de la Montera...

No, no; me he equivocado: al Ateneo nuevo, calle del Prado⁵⁰

Y allí le llevó la “gallarda divinidad tutelar de Madrid“. Allí le dejó la Diosa Cibele, y allí se quedó Galdós maravillado ante el hermoso edificio del Ateneo nuevo y la Diosa se volvió de inmediato y velozmente a su sitio, al Prado.

Así terminó la conferencia de Galdós viejo en el Ateneo nuevo de la calle del Prado, en la que rememora con nostalgia el Madrid de su juventud, su Madrid. Y el Ateneo viejo de la calle de la Montera, su Ateneo. Y ahora, en 1915, después de todo, el nuevo Ateneo de su vez era también su Ateneo y el nuevo Madrid de su vejez era también su Madrid. Aquí están las dos devociones del joveny del viejo Galdós, perennes e inmarchitadas a los últimos cinco años de su vida.

DE “CRÓNICA DE MADRID “A “MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO”

En la edición, hecha por Juan Van-Halen, el editor pone en el mismo plano de la “gloriosa ancianidad del autor” la conferencia “Madrid” del Ateneo y las “Memoria de un desmemoriado”. Estas obras salieron a la luz en los años 1915-1916, mientras que los artículos recogidos en “Crónica de Madrid” son escritos de juventud, que Galdós escribió, en los años 1865-1866, en el periódico “La Nación”. Estas crónicas periodísticas, parcialmente remodeladas 3 en las dos obras posteriores citadas, las “Memorias” y la conferencia “Madrid” del Ateneo, son “como el reflejo de la obras de Galdós en un espejo de tiempo”, en expresión de Van-Halen.

Las “Memorias“, que concluyen en el año 1902, por su brevedad y escasa sistemática y con presuntas lagunas, han sido consideradas una obra menor y, en parte, obligada, de Galdós. Pero, a juicio del autor de la introducción, Juan Van-Halen,

...esas lagunas no se deben a la desmemoria proclamada sino a la voluntad del autor. Estas “Memorias” tienen la fuerza y el valor de un testimonio vivísimo, dictado, improvisado, sin el socorro de un documento. Buena o mala, sana o dañada, la memoria de Galdós está en estas páginas, que son las únicas de nuestro autor dedicadas a sí mismo. Por otra parte el autor oculta lo que quiere, como siempre hizo, y cuenta solo lo que le parece. Probablemente, como en tantas ocasiones a lo largo de su vida, la desmemoria es intencionada y, por lo mismo, sesgada desde la voluntad del escritor⁵¹.

⁵⁰ PÉREZ GALDÓS, Benito: “Madrid”, en Memorias de un desmemoriado ... p. 222.

⁵¹ VAN-HALEN, Juan: “Galdós o la intencionada desmemoria”, Introducción a Pérez Galdós: Memorias de un desmemoriado, Comunidad de Madrid/Visor Libros, Madrid 2004, p. 20.

En las “Memorias”, Galdós ofrece curiosos retazos del Madrid de su juventud, algunos de los cuales se repetirán en la conferencia “Madrid” del Ateneo. Buena parte de los retazos, “remozados” en estas dos obras, tienen su ascendencia en la citada “Crónica de Madrid”, de los años 1865-1866. De los textos pertenecientes a esta última obra escojo, a título de muestra, los que tocan estos temas: Madrid, asustado, Madrid en el paseo, Madrid en el teatro, la Plaza de toros y la Universidad. En este apartado, Galdós ofrece unos retazos del estado en que se hallaba la “capital de España”, en esos años respecto a esos temas. Y comienza extrañado:

¿Qué tendrá Madrid que está tan cabizbajo y tan cariacontecido? Parece que una gran desgracia le amarga, o que una nube siniestra, preñada de tempestades, amenaza con descargar sobre su cabeza todo un arsenal de rayos, centellas y demás proyectiles atmosféricos. (...) Todas las funciones orgánicas de ese señor grave y juicioso que se llama Madrid están alteradas. El Madrid que piensa en comer, dormir, charlar de política y criticar al vecino, anda a salto de mata como si le ojearan en son de caza; no se atreve a decir esta boca es mía y se estremece de terror a la idea de que un pito imprudente turbe el reposo de su vida honrada y bondadosa. (...) El Madrid aficionado a las artes, que ama el teatro, como pasatiempo, que cree entender algo de música (...) está también distraído de sus enajenaciones artísticas. (...) El Madrid que va a los toros, escupe por el colmillo y cuenta entre sus aventuras el haber estrechado la mano del “Tato”, está también de pésame. Tuvo que renunciar al arrobamiento, al éxtasis tauomáquico que le producen la muleta y las banderillas, por temor de exponer el pellejo en la plaza. Esta es la mejor prueba de la situación en que se halla la capital de España. Cuando Madrid no va a los toros ¿Cómo estará Madrid? (...) En la Universidad no ha sido todo alegría y satisfacción.... Mayo 11 de 1865⁵².

En esta obra, “Crónica de Madrid“, hay un pasaje, en el que Galdós describe con holgura sus microcosmos urbanos, calles y barrios de su Madrid, el Madrid del sur, que comienza con esta especie de aspiración:

Que magnífico sería abarcar en un solo momento toda la perspectiva de las calles de Madrid, ver el que entra, el que sale, el que ronda, el que aguarda, el que acecha...⁵³.

Esta aspiración denota que Galdós todavía no conocía Madrid en su totalidad sino un Madridero, el Madrid con el que se encontró Galdós, en 1865, a los pocos años de su llegada, por el que siente curiosidad a pesar de que no ahorra calificativos tan negativos como estos:

⁵² PÉREZ GALDÓS, Benito: “Crónica de Madrid,” en Memorias de un desmemoriado... p. 134-137.

⁵³ PÉREZ GALDÓS, Benito: “Crónica de Madrid, en Memorias de un desmemoriado... pp. 203-204.

En Madrid todo es desolación, alarmas, presagios funestos, tristeza, luto y desaliento. (...) veamos qué es lo que pasa en esta sentina que se llama Madrid ⁵⁴.

Galdós en estos años, 1865-1866, airea un extraño y parcial conocimiento de Madrid, fruto de primeras impresiones, que dan lugar a expresiones, a veces, precipitadas y deudoras del momento. Pero ese conocimiento fue depurándose, mejorando y desarrollándose con el estudio de las obras escritas y las informaciones de Mesonero Romanos y con las enseñanzas inducidas de su impenitente “callejeo” urbano, cada vez, más consciente, más amplio y más hondo. Esas descripciones del estado de Madrid, hechas a base de retazos, pueden deberse a las condiciones, en las que Galdós llega a Madrid, un tanto “presionado” por su familia y que describe en el inicio sus “Memorias”:

... mis padres me mandaron a Madrid a estudiar Derecho, y vine a esta corte y entré en la Universidad, donde me distinguí por los frecuentes novillos que hacía, como he referido en otro lugar. Escapándome de la cátedra ganduleaba por las calles, plazas y callejuelas, gozando en observar la vida bulliciosa de esta ingente y abigarrada capital. Mi vocación literaria se iniciaba con el prurito dramático y si mis días se me iban en flanear por las calles, invertía parte de las noches en emborronar dramas y comedias. Frecuentaba el Teatro Real y un café de la Puerta del Sol... ⁵⁵

Utiliza Galdós en este pasaje el verbo “flanear”, traducción del verbo francés “flaner”, que significa gandulear, vagar, deambular, y el “flaneur”, sustantivo, es el vagabundo, el deambulante, el paseante, en principio, sin rumbo fijo ni interés concreto. Estos términos son utilizados por Baudelaire en su obra “Le spleen de París” (El tedio de París). El profesor Edward Baker estudia este tema en su trabajo titulado “Larra y los jardines públicos”, en el que aporta la traducción que hacía Mesonero Romanos del verbo francés “flaner”, como “andar curioseando de calle en calle y de tienda en tienda”. En ese trabajo, el autor plantea si el “flaneur”, el paseante “desinteresado” en la teoría baudeleriana, podría aplicarse a Larra-escritor, que no tenía más remedio, como dice el mismo, que “(andar) por esas calles a buscar materiales para mis artículos” diarios, de lo que malvivía. Los términos, el verbo “flanear” y el sustantivo “flaneamiento”, son utilizados por Mesonero Romanos y por Galdós, puesto que ambos “paseaban” por las calles de Madrid, unas veces, a título gratuito, “ganduleando”, como dice el primer Galdós y, otras, a título oneroso, “curioseando”, como dice Mesonero Romanos. Pero ambos, en última instancia, lo hacían con la idea de ir sacando de esas calles materiales para que, una vez desbastados en sus universos conceptual e imaginario, pudieran ser utilizados en la elaboración de sus propias obras ⁵⁶.

⁵⁴ PÉREZ GALDÓS, Benito, “Crónica de Madrid, pp. 120-212.

⁵⁵ PÉREZ GALDÓS, Benito, Memorias de un desmemoriado... p. 26.

⁵⁶ BAKER, Edward: Materiales para escribir Madrid..., pp. 27-32.

PANORAMA DEL MADRID GALDOSIANO: NUEVOS ENFOQUES, NUEVAS DERIVACIONES.

Al margen de esta digresión, los textos de Galdós citados de sus “Memorias de un desmemoriado”, de su “Crónica de Madrid”, de su conferencia “Madrid” del Ateneo, y otros varios textos dispersos, a lo largo y a lo ancho de su obra, han sido modernamente objeto de nuevas perspectivas por especialistas tratadistas. Entre ellos untratadista, de la Asociación Internacional de Hispanistas, Manuel Herrera-Hernández publicó, en el año de 2011, un estudio, titulado “Panorama del Madrid galdosiano”, en el que ofrece nuevas perspectivas e interpretaciones ⁵⁷.

En la perspectiva, que describe el autor, del Madrid con que se encontró el joven Galdós, apunta lo siguiente:

Cuando Galdós llegó a Madrid (...) quedó deslumbrado por un Madrid histórico, pero, al mismo tiempo, frívolo y miserable. Madrid en 1862...entre provinciano y cortesano bajo el reinado de Isabel II.

Nada más llegar comienza sus paseos por el centro, por la Puerta del Sol, y luego por la zona sur. Abre los ojos ante el Madrid elegante y burgués al norte y el menestral pobre del sur, entresacando de sus gentes esos personajes imaginarios pero verosímiles que retrata en sus novelas. Así el pertinaz paseante va estudiando a la sociedad de su tiempo y al ambiente madrileño.

En esos años, Galdós se encontró con la transformación de Madrid que se planteaba en el Anteproyecto de Ensanche, de 1860, de Carlos M^a de Castro. El Anteproyecto fue sufriendo múltiples modificaciones, hasta el punto de que, a causa de esas modificaciones, según el autor del estudio citado

el plan benefició a la burguesía mientras que el proletariado se iba asentado masivamente en el extrarradio de la ciudad, formando barrios de muy baja calidad, sin las necesarias condiciones higiénicas y sanitarias ⁵⁸.

En efecto, en las conclusiones de este hispanista, en el Plan Castro quedan marcadas y físicamente delimitadas dos ciudades, el Madrid del norte o el Alto Madrid y el Madrid del sur o el Bajo Madrid, pero, como ya he apuntado, solo se desarrolla el Madrid Alto en beneficio de la burguesía, que vivía en él, dejando al Madrid Bajo en el estado deficitario en que estaba.

Por su parte, otro hispanista, profesor de la Universidad americana de Maryland, José María Naharro Calderón, precisa más estos extremos, puntualizando:

⁵⁷ Este estudio se publicó en la Revista galdosiana, Isidora, n° 17, Madrid, 2001 pp. 41-71.

⁵⁸ Este estudio se publicó en la Revista galdosiana, Isidora, n° 17, Madrid, 2001 pp. 41- 42.

En el Madrid Alto encontramos el esplendor de los teatros, de las óperas, de las zarzuelas, aquellas actividades en las cuales la burguesía se va solazando. En el Madrid Bajo lo que existe es, poco a poco, la degradación de la ciudad⁵⁹.

Estas dos ciudades, físicamente diferenciadas, están apuntadas en la conferencia, que dio Galdós en el Ateneo en 1915. Pero, desde el punto de vista social, en la concepción galdosiana de la ciudad, personificada en Madrid, hay tres niveles sociales, la aristocracia, la burguesía y el pueblo. Este planteamiento lleva a la conclusión de que realmente había en la ciudad de Madrid tres ciudades: la ciudad aristocrática, la ciudad burguesa y ciudad popular, según el profesor Naharro Calderón. En realidad, en ese Madrid había tres sociedades. Y, en este aspecto, Laureano Bonet precisa esta perspectiva en su estudio del artículo de Galdós, del año 1870, titulado “Observaciones sobre la novela contemporánea en España”, y lo hace acogiendo a esta cita de José Fernández Montesinos:

Aquí, en este observatorio de Madrid, tiene (Galdós) ante los ojos toda una sociedad que contemplar; ahí tiene una aristocracia moralmente depauperada repelente, siempre multiforme; y un pueblo que cambia rápidamente de faz, pero que permanece fiel a la antigua esencia, aunque carezca ya de aliños goyescos⁶⁰.

Efectivamente, según lo expuesto, en el Madrid galdosiano hay tres ciudades y tres sociedades. Esta disposición importante desde el punto de vista de la representación de la ciudad y de la sociedad de Madrid en la novela urbana, pues permite a Galdós plantear la dialéctica entre la ciudad, la sociedad y la novela. Y, como la ciudad es el espejo de la sociedad y la novela es el espejo perfecto para reflejar la sociedad, y la sociedad actual, representada en la clase media, es declarada “materia novelable” y esta clase termina siendo propuesta como el gran modelo de la novela moderna y a la ciudad como el espacio donde puede crecer y desarrollarse esa novela, la novela urbana de corte realista. Y, lo único que tiene que hacer el novelista es copiar la realidad, y la gran realidad, para Galdós, es la ciudad de Madrid, espejo de su sociedad.

Galdós expone estos planteamientos en dos documentos, que tienen un indudable interés sociológico y literario. Estos documentos son el artículo citado, del año 1870, el titulado “Observaciones sobre la novela contemporánea en España” y el Discurso de su ingreso en la Real Academia Española, del año 1897, cuyo tema fue “La sociedad presente como materia novelable”. Pero donde Galdós tendrá problemas de conceptualización es en la cuestión de precisar un concepto válido de sociedad y si la nueva clase social, la nueva clase

⁵⁹ Naharro Calderón, José María: Madrid en la literatura del cambio de siglo, en Angel Berenguer y Manuel Pérez (Eds): Tiempo de 98, Ateneo de Madrid, 2005, p. 149.

⁶⁰ BONET, Laureano: o. cit., p. 15 y FERNÁNDEZ MONTESINOS, José: Galdós en busca de la novela, Insula, n° 202, Madrid, septiembre de 1963, p. 1 y 16.

media, la burguesía, en que la sociedad actual se representa o se debe representar, podría ser el “gran modelo de la novela moderna”.

Y esta temática es sobre la que Galdós despliega unas reflexiones sociológico-literarias en los dos documentos citados: el artículo, del año 1870, “Observaciones sobre la novela contemporánea en España” y el discurso de la Real Academia española, del año 1897, “La sociedad presente como materia novelable”.

UNAMUNO, SOBRE LA GALDOSIANA SOCIEDAD MADRILEÑA

En las selucubraciones sociológico-literarias, un tanto deshilvanadas, en las que Galdós expone la dialéctica entre ciudad y sociedad, público, vulgo y muchedumbre, quizá puedan encontrarse las bases, que dan pie a las reflexiones y a los diagnósticos de Miguel de Unamuno, cuando, referidas estas reflexiones a la sociedad madrileña, que refleja Galdós en su obra narrativa, trata de precisar cómo era esa sociedad, en cuanto “materia novelable”, que tipo de sociedad era, madrileña o española, y como reflejó Galdós esa sociedad en sus novelas.

Concretando las precedentes reflexiones a la galdosiana sociedad madrileña, Unamuno reflexiona acerca de cómo era esta sociedad, que vivía o malvivía, especialmente, en las unidades urbanas del sur de Madrid. Unamuno expone sus reflexiones en tres pequeños y rápidos artículos que publicó, en caliente, en los días 5 y 8 de enero de 1920, al filo de la muerte de Galdós, acaecida el día 4 de ese mismo mes y año⁶¹.

El primer artículo, el del 5 de enero, fue un encargo que el diario “El Liberal”, de Madrid, hizo a Unamuno para una página que iba a dedicar a Galdós con motivo de su fallecimiento. El encargo fue telefónico, ya que Unamuno se hallaba en Salamanca, y en ese encargo el diario le pedía “unas cuartillas sobre Galdós sociólogo”. La respuesta, con el título “La sociedad galdosiana”, fue también telefónica. Los otros dos artículos son del 8 de enero de ese mismo año de 1920. El primero, titulado “Galdós en 1901”, salió publicado en la revista “España” y el segundo, con el título “Nuestra impresión de Galdós” se publicó en “El mercantil valenciano”.

Miguel de Unamuno se proclamaba “amigo intelectual y cordial” de Galdós, al que dedicó seis de sus obras, en prueba de “admiración y afecto”. A pesar de ello Unamuno, a veces, muestra cierta ambigüedad y algunas reticencias, que no dejan de sorprender, con Galdós. Unamuno casi siempre que habla de Galdós se refiere al Galdós novelista o, como mucho, al “novelista en la escena teatral.” Pero, respecto al mundo que Galdós retrata o refleja en sus novelas, Unamuno no duda en afirmar que encuentra ese mundo pobre intelectual y

⁶¹ Estos artículos están recogidos en UNAMUNO, Miguel de:- Obras Completas, III, Nuevos Ensayos, Escelicer, Madrid 1968, edición de Manuel García Blanco, pp. 1202-1209.

moralmente, para concluir que, en su obra, “Apenas hay una robusta y poderosa personalidad individual”⁶².

Y, en la línea de esta perspectiva, Unamuno, en su primer artículo, el del 5 de enero, el titulado “La sociedad galdosiana,” parte de este supuesto:

De aquí el que si de la obra novelesca se puede extraer alguna psicología elemental y poquísimamente complicada, será difícil extraer sociología de ella. No refleja una sociedad, sino una muchedumbre. (...) la inmensa desolación de una muchedumbre amorfa y amodorrada de hombres y mujeres anémicos, sin huesos, sin fe ni esperanza de un pueblo que soñaba en el puchero y la cama, diciendo: “se vive”⁶³.

Esta afirmación de que Galdós, en su obra novelesca y teatral, “no refleja una sociedad sino una muchedumbre”, a fuerza de estar repetida en distintos contextos en los tres artículos citados, se convierte en la tesis fundamental, de la que deriva casi todas las interpretaciones que Unamuno hace de Galdós, en relación a la existencia de una presunta sociología galdosiana. Como consecuencia de esta tesis, poco podría hablarse de un académico Galdós sociólogo, aunque no hay que olvidar que Galdós donde aprendió la mayor parte de sus conocimientos de la sociedad madrileña fue en sus generosos paseos por las calles de Madrid “aulas de la vida urbana... más amplias que las universitarias” Estas aulas eran, especialmente, las calles de los barrios bajos del Madrid del sur, en las que hizo, como él mismo confiesa, cursos de “psicología experimental” y de varias asignaturas de la carrera de Derecho, pero no hace referencia a tema alguno que pueda tener relación con una sociología, mínimamente reseñable.

Como ya he dicho, Unamuno repite la tesis citada en sus tres artículos. Y, en el segundo artículo, “Galdós en 1901”, la tesis aparece formulada de esta manera:

La obra novelesca y dramática de Galdós, bruñido y limpiísimo espejode metal (-...-) nos refleja la muchedumbre más que la sociedad española y más que la española, madrileña, de 1876 a 1902, en esos años lúgubres de Torquemada y de Pantoja y Casandra....⁶⁴.

Y, en el tercer artículo, el titulado “Nuestra impresión de Galdós”, Unamuno, al mismo tiempo que confiesa sus preferencias juveniles por las primeras novelas de Galdós, repite la tesis en este otro contexto:

“Ahora ante la muerte reciente de Galdós, recuerdo aquellos años de mocedad soñadora y atormentada, en que (...) leí las primeras novelas de Galdós, las de su

⁶² CARDONA, Rodolfo: “Galdós y el 98” en BERENGUER, Angel y PÉREZ, Manuel (Eds): Tiempo de 98, Ateneo de Madrid, 2005, pp. 182-184.

⁶³ UNAMUNO, Miguel de-: Obras Completas, III... pp. 1204.

⁶⁴ UNAMUNO, Miguel de-: Obras Completas, III... pp. 1206.

época de liberalismo romántico, “Gloria” “La familia de León Roch”, “Doña Perfecta”. (...) A aquellos tiempos, en cierto modo heroicos, en que presenciamos, yo siendo casi un niño, las últimas luchas cruentas del liberalismo, a aquellos tiempos en que aún decía algo el “Himno de Riego”, -...- sucedieron los tiempos crepusculares del turno de Cánovas y Sagasta, de Lagartijo y Frascuelo, de Gayarre y Mussini. Y Galdós es quien nos ha dejado esa sociedad, que no era sociedad, sino muchedumbre vista y sentida en Madrid⁶⁵.

Estos tiempos son los de la Restauración borbónica y los de la Regencia Hausburgiana, cuyo mundo social, en opinión de Unamuno, es “un mundo de pobreza intelectual y moral que pone espanto”, que Galdós, “en sus obras, nos deja eternizado”,

como un espejo fidelísimo, se retrata la pavorosa oquedad de espíritu de nuestra mal llamada clase media, que ni es ni media ni apenas clase. (...) La vida, triste, de una desolación íntima trágica, y de una frivolidad agorera, de los pequeños empleados, tal como se puede ver en la obra novelesca galdosiana, nos explica la tragicomedia mansa de la España de hoy, tragicomedia de charca ponzoñosa. (...) Leyendo a Galdós nos daremos cuenta del bochorno que pesa sobre la España en que él ha muerto, del bochorno de una anarquía de modorra.

Galdós ha muerto cuando está muriendo -...- la triste España de la Restauración y la Regencia, la España episódica y anecdótica, pero no histórica. (...)

El mundo, que pasando por el alma de Galdós, nos ha quedado para siempre en su obra de arte, es un mundo sin pasiones, ni acciones que se deja vivir, pero que no hace la vida -...- Es un mundo que nació cansado de la vida. Descanse en paz el mundo de Galdós, como en paz descansa ya quien nos lo ha eternizado⁶⁶.”

Este terrible diagnóstico de la sociedad madrileña, emitido por Unamuno, puede muy bien tener como base, como he dicho, lo coyunturalmente expuesto anteriormente por Galdós en los dos últimos documentos citados. Pero, tampoco hay que olvidar que Galdós, “el épico en prosa del liberalismo nacional”, como le llama Unamuno, no tenía buen concepto de la España de la Restauración y de la Regencia, ni de la política española, incluida la del partido liberal, como tampoco lo tenía del mundo de finales del siglo XIX⁶⁷.

Una vez que Unamuno se ha ratificado en que Galdós refleja, en su obra novelesca y dramática, “la muchedumbre, más que la sociedad española y más que la española, madrileña”, es ineludible poner en valor la conclusión a que llega el autor:

⁶⁵ UNAMUNO, Miguel de-: Obras Completas, III... pp. 1207.

⁶⁶ La sociedad galdosiana, en op. cit., pp. 1203-1204.

⁶⁷ PÉREZ GALDÓS, Benito: Arte y cultura y Política española, tomos II y III, de las Obras inéditas, ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo, Renacimiento, Madrid, 1923. De Arte y Cultura, véase el artículo del año 1893 “Confusiones y paradojas” p. 183-195. y de Política española, I, véase los artículos, de 1883 y 1885, “Época de confusión” p. 7-17, “Un gobierno Liberal” p. 99-110).

El mundo galdosiano, en efecto, es un mundo genuinamente madrileño. Un mundo de pequeños tenderos, de pequeños oficinistas, de pequeños usureros o más bien prestamistas: un mundo de pequeñez abrumadora (...) La novela de Galdós es, acaso, en muchas de sus partes, la última transformación de la novela picaresca. Pero de unos pícaros que de trashumantes se han hecho estadizos: de unos pícaros de café. La obra novelesca de Galdós es la pintura de una época y una gente profundamente antiheroicas. No solo no se ven en parte alguna de ella rastro de don Quijote, más ni aún de Sancho; todos son curas, barberos, yangüeses y Sansones Carrasco.

No, no quiero ponerme a leer esas obras que son el espejo fidelísimo de una sociedad cuyo peso muerto siento sobre mi corazón.

Y por esto, vuelve de nuevo Unamuno a sus preferencias juveniles por las primeras novelas de Galdós, las del liberalismo romanticismo de 1868,

aquellas en que se idealiza España. Los personajes de Doña Perfecta son aún algo que nos llega al corazón; los de sus últimas novelas, no. Y es que había dado en ser realista, y la realidad que tenía delante era muy triste realidad, una realidad anémica y fofa⁶⁸.

Benito Pérez Galdós, para Miguel de Unamuno, “su amigo intelectual y cordial”, fue ante todo “un artista, no un pensador, no un crítico siquiera“. Y, en un extraño intento de descripción integral de la personalidad intelectual de Galdós, Unamuno ofrece una caracterización, que expone en esta antitética forma muy típica suya:

No fue un profesor, aunque sin proponérselo, haya enseñado más cosas que los mas de los profesores; no fue un crítico, aunque indirectamente resulte su obra crítica; no fue un periodista, aunque alguna vez escribiera artículos para periódicos; no fue un historiador, a pesar de sus Episodios Nacionales, en que la historia, el modo específico y técnico, se reduce a bien poco -mas históricas son sus Novelas históricas contemporáneas-; no fue un orador, aunque algunos de sus personajes hablen alguna vez oratoriamente; no fue un político, con todo y haber sido más de una vez diputado a Corte. Fue un puro y mero literato laboriosísimo⁶⁹.

Y, A ÚLTIMA HORA, UNAMUNO CALLEJEA LA CALLE DEL SACRAMENTO

La visión de la desolada y triste sociedad madrileña y los juicios extraños y, a veces, algo reduccionistas, de Unamuno sobre Galdós, fueron emitidos en el año 1920, a propósito de la muerte de este. Pero, unos años después, en 1932, casi al final de su vida, Unamuno, en una de sus piruetas conceptuales, ofrece

⁶⁸ UNAMUNO, Miguel de-: Obras Completas, III... pp. 1208.

⁶⁹ Galdós en 1901, en UNAMUNO, Miguel de: Obras Completas, III... pp. p. 1205.

una nueva y sorprendente perspectiva, que pudiera invalidar algunas perspectivas anteriores, respecto a su extraña y, a veces, reducida, valoración de Galdós. Y, en un artículo de prensa, titulado, curiosamente, “Callejeo por la del Sacramento”, Unamuno, refiriéndose al secular bullicio que causaba la “muchedumbre” en las calles de Madrid y, refugiado él de este bullicio en su “callejeo” por la citada calle del Sacramento, hace esta sorprendente y trascendente apuesta, no exenta de lirismo y utopía:

Lo que habrá escuchado en atento silencio esa calle del Sacramento, sin tranvías y casi sin autos, esa fila de viviendas ciudadanas, recogido remanso de la historia. ¿Del Madrid viejo? No, sino del Madrid intemporal, del Madrid-oso y madroño- que soñaba, vivía y revivía don Benito, su evangelista.

No sé si es casualidad o remordimiento de conciencia de Unamuno por sus juicios anteriormente emitidos sobre Galdós, el caso es que la primera calle de Madrid que “callejeó” el joven Galdós, en el inicio de su crucero de aprendizaje madrileño, fue precisamente la calle del Sacramento, en la que ahora, en 1932, se refugia Unamuno. Y ahora, a propósito de esta calle, Unamuno declara al Madrid de Galdós “Madrid intemporal” y califica al mismo Galdós, nada menos, que como el “evangelista” de ese Madrid. Y, además, inculca en ese Madrid, nada menos que esta trascendental proyección:

Sí, sí, cabe callejear, discurrir por Madrid soñando a España; cabe ir soñando por calles encachadas de ese Madrid, senaras de España, sin temor a que le rompan a uno el sueño, que nos le escuda y ampara este cielo que laña la cuenca del Duero con la del Tajo, Castilla la Vieja y la Nueva. Respira la calle del Sacramento aire del Guadarrama...⁷⁰

Este artículo fue publicado en el año republicano de 1932 y, Miguel de Unamuno, su autor falleció en el año 1936. ¿Fue este artículo un descargo de conciencia, un acto de desagravio a Benito Pérez elevando su figura a la categoría de “evangelista de un Madrid intemporal”?

CONCLUSIONES

Es, especialmente, en la conferencia del Ateneo, donde están descritas y narradas, sucinta pero más claramente, por el propio Galdós, las fuentes empíricas de su proceso de madrileñización: las fuentes audiovisuales, inducidas de la experiencia personal de su contacto directo con la realidad urbana más definitiva de Madrid. Las otras fuentes, como he expuesto, son las fuentes escritas,

⁷⁰ UNAMUNO, Miguel de-: “Callejeo por la del Sacramento”, El Sol, Madrid, 15 de marzo de 1932, en Obras Completas, Paisajes y Ensayos, Escelcer, Madrid, 1966, p. 584-585.

constituídas fundamentalmente por las informaciones, dadas por Mesonero Romanos a Galdós en las Cartas y por las obras de la historia y de la vida de la Villa y Corte, escritas por el propio Mesonero, que Galdós siempre tenía en estudio. Ambas fuentes constituyen las bases de una presunta epistemología de la ciencia galdosiana de Madrid, no muy sistemática, ciertamente, sino más bien dispersa en su extensa y diversa obra, tanto de teoría como de creación. En esa especie de epistemología, en cierta dosis, autodidacta y, a pesar de ello, Galdós se instaló voluntariamente en la necesidad de estudiar personalmente la Villa y Corte en su realidad viviente más concreta, la de sus calles, especialmente, del bajo y medio Madrid, y se reafirmó en su decisión fundamental de madrileñizarse para mejor conocerla, sentirla, soñarla o imaginarla y dejarla esculpida, para la historia, en sus obras. Así pues, los conocimientos deducidos del estudio de las obras de Mesonero Romanos, cuya autoridad doctrinal siempre reconoció y las enseñanzas empíricamente inducidas de su “académico” callejeo por las calles madrileñas, “aulas de la vida urbana... más amplias que las universitarias”, por las que Galdós se decidió en detrimento de sus carreras universitarias, constituyen las claves de una sumaria epistemología galdosiana y las categorías de esa presunta “Ciencia de Madrid que posee Galdós”, en expresión de su amigo Leopoldo Alas, “Clarín”.

Pero la presencia de Madrid, en la obra de creación de Galdós, es más amplia que la que proviene de sus estudios históricos y de sus estudios empíricos de la realidad del más puro Madrid real. Pues, en conjunción con este Madrid real, hay otra presencia en el Madrid galdosiano, la presencia del Madrid imaginario; presencia creada por el poderío del universo imaginario del escritor, cuyo axioma –repito– era “lo imaginario me deleita más que lo real”. Se trata, pues, para poder tener una concepción de Madrid, como totalidad, y más acorde con estas preferencias del autor, se trata –repito– de

insertar la narración ficticia en una geografía real, descrita con pelos y señales siguiendo los escritos de Mesonero Romanos, (y sus propias experiencias) a que la fábula se desarrolle también. en un Madrid no menos real, pero integrado ya, como elemento de ficción, en la narración. Algo que alcanza Galdós en sus novelas de manera evidente, en las que calles, casas, tipos ciudadanos y alrededores, sin dejar de tener un referente real, un nombre, adquieren su dimensión ficticia, realista precisamente por tener un nombre situado en un lugar concreto de la ciudad, pero ideal por inscribirse dentro de la ficción novelesca⁷¹.

A ese Madrid galdosiano, real e imaginario, vivido, revivido o soñado y, acaso, el Madrid intemporal del que Galdós es “su evangelista”, en la visión de Unamuno, cuyo conocimiento era fruto de un ejemplar proceso de madrileñización, conformador de su especial madrileñismo; a ese Madrid se le

⁷¹ ALVAREZ BARRIENTOS, Joaquín: Introducción a “Madrid en la novela”, II, Comunidad de Madrid, 1993, p.XI).

podría considerar, como una especie de paradigma, en principio, de la España de su tiempo, la España entre-siglos. Pues Galdós fue “mucho más que un madrileñista”, ya que fueron la Corte, sede de la Corona y centro del poder político, y la Capital, espejo y modelo de las Españas, sus preferentes campos de observación, aprehensión y de recreación. Sin duda, Galdós no solo fue el más cualificado testigo y fedatario del Madrid de su tiempo sino también de la España de ese tiempo. Por ello, al Madrid galdosiano, real, imaginado, soñado y al unamuniano “Madrid intemporal”, ¿no se le podría considerar- esta es la apuesta- como el paradigma de esa España, porque, -otra vez, Unamuno-. “...cabe callejear, discurrir por Madrid soñando a España”, y la España que Galdós siempre soñó en sus creaciones literarias y en sus incursiones políticas era así proclamada :

El amor a España me ha guiado siempre en el vivir literario y en el político (...) Por España y para España vivimos todos: ella nos dio el ser, y a su suelo sagrado entregaremos nuestros despojos. Su pasado es nuestro libro, su presente nos mueve a sacrificios acerbos. Labremos todos para ella un porvenir digno de su grandeza histórica⁷².

⁷² Citado por Galván Rodríguez, Eduardo: España en Galdós. Constitución, Estado y Nación, Boletín Oficial del Estado, Madrid, 1915, p. 14.